

# BUEN HUMOR



*Dib. TONO. — Madrid.*

— ¿Qué consigues con tanto pasear?  
— Pues... que se distraigan los tacones.



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*Juerguistas verbeneros.*

— *Estoy muy mal, chico: no sé cómo voy a llegar a mi casa.*

— *Es verdad. Se te conoce en la cara. ¿Qué tienes?*

— *Pues treinta céntimos... del jornal de la semana...*

TOMÁS DÍAZ DE NEIRA.

— *¿En qué se diferencia el hongo de la seta?*

— *En que el hongo se pone en la cabeza, y la seta, no.*

EUTIMIO CRESPO. — Madrid.

*En un examen de Química.*

EL PROFESOR. — *Cíteme usted un cuerpo que carezca por completo de fósforo.*

EL DISCÍPULO. — *Las cerillas de cinco céntimos.*

ALFONSO X «EL SABIO». — El Escorial.

*En el juzgado.*

EL JUEZ. — *¿Cómo se llama usted?*

EL TESTIGO. — *Segundo Diez Alcalá.*

EL JUEZ. — *¿Dónde vive?*

EL TESTIGO. — *En la inversa.*

EL JUEZ. — *¿Cómo en la inversa?... Le advierto a usted que aquí no estamos de broma.*

EL TESTIGO. — *Ni yo tampoco, señor. Es que vivo en Alcalá, 10, 2.º*

E. R. MARGEL. — Madrid.

*Un individuo que se está ahogando pide a grandes voces una cuerda.*

*Un marinero que lo presencia exclama:*

— *¡Rebote!... ¡Qué bruto es! ¡No comprenderá que, cuando estamos parados, es que no tenemos cuerda!*

UN NIDO DE MONOS. — Madrid.

— *¿En qué se parece un torero a un banquero?*

— *En que uno pone un par al cambio, y el otro el cambio a la par.*

REI. — Madrid.

*En un balneario.*

— *¿Sabes que Luisa es de chipén?*

— *Ayer tarde me dijiste que era de postín; por la noche, de pistón; esta mañana, de rechupete; hace dos horas, de abrigo, y ahora, de chipén.*

— *¡Y no lo dudes!*

— *Bueno; pues hace un rato me he atrevido a interrogarle, y ¿sabes qué me ha dicho?... ¡Pues que era de Burgos!...*

JOSÉ GÓMEZ POLO. — Valencia.

*Caseros e inquilinos.*

*El vecino del tercero disputa con el dueño de la finca.*

— *¡Esto es intolerable! ¡Llueve en mi casa lo mismo que en la calle!*

EL CASERO. — *Cuando alquiló usted la habitación, ya le dije que había agua en todos los cuartos.*

C. J. C. — Madrid.

— *¿En qué medida, no pasando de cien centímetros, se pueden recorrer kilómetros?*

— *En el Metro.*

OÑÁLER. — Guadalajara.

*En un examen de Geografía.*

— *¿Qué se observa cuando la Luna se interpone entre el Sol y la Tierra?*

— *Que todos los chicos llevan la nariz tiznada.*

JESÚS LEDO. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Justo Bodega.**

En estos días es cuando más indicado está el uso

de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## BASES para nuestro concurso de agosto.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para el último sorteo del próximo septiembre.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

### 3.º Suscripción gratis por un semestre a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de septiembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

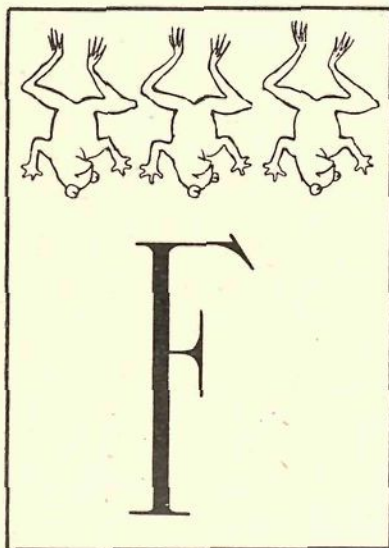
Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de agosto, insertos en esta página. A los suscriptores de

BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 17 de septiembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

18. — Acto elogiable.



21. — Un dicho.

A50 CERVECERÍA 500A  
A50 CERVECERÍA 500A

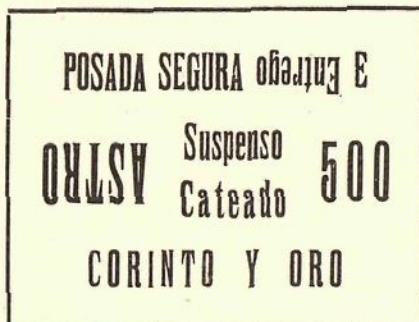
CUPÓN

correspondiente al número 39  
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

19. — De buen humor.



22. — Ciencia que se pone de moda.

— Se ha puesto de moda la *todo*, ¿eh?

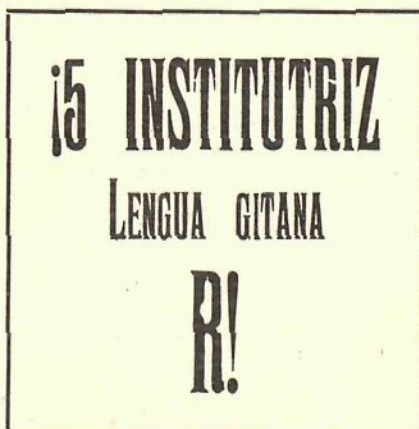
— No hay duda. Y es digno de *tercia-quinta* que la gente se vaya preocupando.

— El que trabaja en esos estudios *tercia-prima* maravillosos resultados.

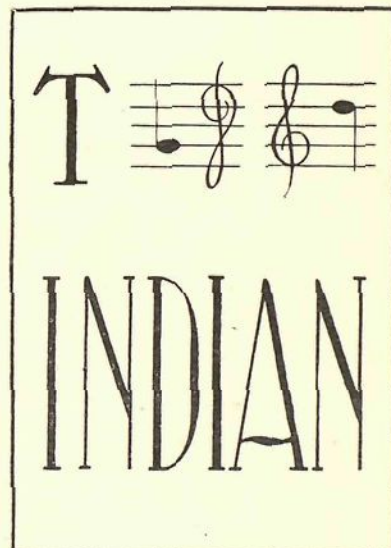
— ¿Y no serán los apóstoles de esa ciencia gente de mazmorra de *tercia-cuarta-quinta*?

— ¡Ni mucho menos! Gente llana, con gran amor al prójimo y sin ningún género de *segunda-bias*.

24. — Para los que se quedan en Madrid.



20. — Se dijo de Belmonte.



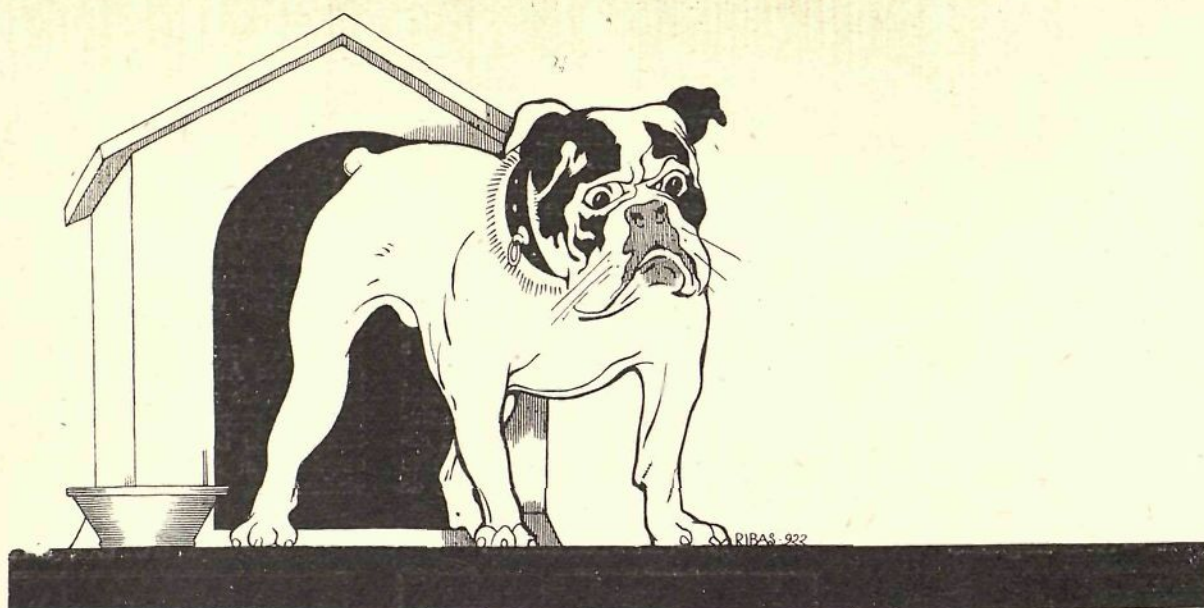
23. — Un periodista.

JUEGO DE NIÑAS QUE CANTAN  
VETERANO PICADOR DE TOROS

CUPÓN NÚM. 4

que deberá acompañar a toda  
solución que se nos remita con  
destino a nuestro CONCUR-  
SO DE PASATIEMPOS del  
mes de agosto.





EL MEJOR GUARDIAN

de la dentadura es

un TUBO de

PASTA D E N S

que destruye el sarro, blanquea los dientes  
y perfuma la boca.

1 . 5 0



Ayuntamiento de Madrid



## EL ALMA DE RODRÍGUEZ



RODRÍGUEZ entregó su alma a Dios hará unos dos años, y dejó en la viudez a la señora Romualda, que se miraba en él; pero antes de dar su postrer suspiro la llamó a su lado y le dijo, para que su desconsuelo no fuera tan cruento:

— ¡Romu, me voy! Pero como sabes que *pa* mí la transmigración es un *apostolao* y la metempsicosis un credo, volveré. Mi alma se alojará en otro cuerpo, y en cuanto ocupe su nuevo alojamiento, estaré a tu *lao*...

Y haciendo una trágica figura de garrotín, se quedó rígido, mirándola como si quisiera decir: «¿Qué te quieres apostar?...»

La señora Romualda se enlutó hasta en sus más nimios detalles; mandó que le hicieran un bosque de sauces, de los más llorones, con el cabello que tenía, recuerdo del difunto, y esperó la vuelta del alma de Rodríguez, preocupada por cuál sería el ser en el que se escondería el espíritu de su muerto querido.

En la calle o en el paseo, cuando veía un niño de corta edad le cogía amorosa en sus brazos, lo que más de una vez le costó ser víctima de actos que, si verdaderamente eran propios de un niño, no lo eran, en cambio, del alma de Rodríguez, que, dicho sea sin hacer de menos a nadie, fué más limpio que los chorros del oro.

Pero como pasado algún tiempo el alma del difunto no diera señales de vida, la señora Romualda empezó a dudar de la metempsicosis

y a poner en tela de juicio la transmigración. Por otro lado, como la desconsolada viuda, sin estar en la edad de las ilusiones, la mero-deaban los cuarenta y estaba frescota, se sintió muy sola y comenzó a prestar oído cuando le decían por la calle:

— ¡Me la comía a usted!...

— ¡Húy, qué mordisco!...

Y otros piropos que, aun teniendo en cuenta el hambre que hay, le daban idea de que ella aun era gente en lo de inspirar ditirambos más o menos antropófagos.

En fin, para no cansar más: que un viudo, que tampoco era despreciable, la vertió en el oído varias

especies alusivas al amor; que en ella encontraron eco, que al mes se pusieron en relaciones formales, que se cambiaron presentes indicativos de afecto, y que las cosas iban como sobre ruedas, cuando una mañana, entre doce y doce y media, salió de su cuidado la gata, echando al mundo un gatito que desde el primer instante fué el encanto de la señora Romualda.

En el gatito recién nacido se advirtió desde el primer momento gran predilección por la viuda. Dormía a sus pies, no tomaba alimento que no fuera de su mano, y en cuanto su dueña se sentaba, ya le tenía en sus rodillas, lamiéndole cariñosamente las manos y jugando con ella.

En los primeros días no le chocó a la señora Romualda aquel cariño exagerado del gatito; pero cada día que pasaba crecía tanto el afecto por ella del animalito, que en una ocasión que le estaba dando unas sopas de leche, vinieron a su memoria las palabras de su marido al morir, y pensó que en el cuerpo del felino podría estar alojada el alma de Rodríguez.

Esta idea le torturó varios días. Tal horror le produjo, que hasta pensó en pegarse un tiro. Todas las noches apretaba al gatillo, en la soledad de su alcoba, como para arrancarle su secreto, hasta que una tarde, al venir a buscarla su futuro, le bufó el gato de tal manera, con tal furor, que ya no dudó que era Rodríguez, que andaba a cuatro pies por ella, y que tras aquellos ojos caramelo estaba el alma de su difunto esposo.



Dib. SILENO. — Madrid.



Desde este momento ella procuró que el minino no viera a su prometido; se recataba hasta de que pudiera oírles hablar; pero el gato, cauteloso como buen felino, iba al banco del recibimiento, donde el novio de la Romualda dejaba la capa, e implacable se subía encima, dejando en ella pruebas inequívocas de su odio.

El futuro esposo de la viuda sufría resignado las gatadas de que era víctima, por el afecto que sentía por la señora Romualda; pero se ensañó un día en la capa el gato de tal manera, llevó a extremos tan

duros su venganza, que el pretendiente lo olvidó todo y hubiera tirado al animal por el balcón, de no haberlo impedido Romualda, mientras le decía:

— ¡No, Mamerto; eso no!... ¡Es el alma de Rodríguez!...

A lo que replicó el aludido montando en cólera:

— ¿Que es el alma de Rodríguez? ¡Pues mira: el primer día que se le vuelva a ocurrir hacer algo feo en la capa, le doy un puntapié que le rompo el alma!...

ANTONIO PLAÑIOL.

\*\*\*\*\*



Dib. ANSUÁTEGUI. — Zaragoza.

— Ama, Fifi no me puede ver.

— ¿Qué le has hecho para que te tenga tanta rabia?

— Yo, nada... Es que se le ha metido arena en los ojos...

## CHARIVARI

**Napoleón Bonaparte, tífico.**

*En los archivos de la Comedia francesa existe un curioso documento que dice:*

*«Permitid pasar a la representación de Maulius, de esta noche, como claqueur, al ciudadano Napoleón Bonaparte.»*

**El gallo de la Pasión.**

*¡Ah, caballero! — decía un quidam a un tenor silbable —. ¡Qué lástima no sea usted el gallo de la Pasión!*

*— ¿Por qué?...*

*— Porque entonces no cantaría usted más que tres veces al año, y de madrugada.*

**Chirigotas.**

*Los callos, los ojos de gallo, los juanitos y el hacer cola para el aceite, son tormentos ideados por nuestro buen amigo don Pedro Botero.*

*Muchos, muchísimos específicos se han inventado para librar a la Humanidad doliente y quejumbrosa de tales plagas; algunos consolaron; pero curar, ninguno.*

*Lo mejor para los callos son — según Marco Aurelio — las botas estrechas.*

*Nosotros sabemos de dos remedios que los curan radicalmente. Uno, cortarse los pies por encima del muslo. Este es eficaz, pero no le recomendamos.*

*En cambio, el que exponemos a continuación nos immortalizará.*

*Quien tenga callos debe dejarse la barba, renegará frecuentemente, llevará un rotén como el cuerpo de Santos Ecay, dirá frecuentemente que ha matado a cinco, y caminará siempre en auto.*

*A quien haga esto no habrá quien le pise.*

*Huye de las mujeres antes de los veinte años, y no te arrimes mucho a ellas después de los veinte años.*

*Los anteojos, a pesar de su nombre ante, fueron inventados después de los ojos.*

*El monaguillo se doctora al llegar a sacristán.*

*Vive bien, aunque arruines a cien.*

*Al que madruga le ponen perdido los barrenderos.*

*Venimos al mundo desnudos, nos vamos al otro mundo vestidos y en coche, y aun se enfada y llora la familia.*

ANTONIO QUEVEDO DOCE.



## DE MI ARCHIVO AMOROSO

En el ya viejo archivo de mi memoria,  
como muy grata herencia del tiempo mozo,  
vive esta historia,  
que yo siempre recuerdo lleno de gozo:  
era yo un mozalbete, casi un chiquillo,  
dulce como el almíbar, tierno, sencillo,  
cuando sentí en el alma locos amores  
por Mariquita,  
que era la más graciosa, la más bonita  
del Rastro y de sus bellos alrededores.  
¡Qué mirada la suya!... ¡Qué ojos tan vivos!...  
¡Qué grandes, qué rasgados y qué expresivos!...

¡Qué criatura!...  
¡Qué contornos tan bellos y seductores!...  
¡Qué pureza de líneas y qué cintural!...  
¡Si era la gloria

del Rastro y de sus bellos alrededores!...  
Han pasado los años, y a mi memoria,  
aunque yo pequé siempre de tornadizo,  
vuelve el grato recuerdo de aquella historia,  
y el de aquella chiquilla, que era un hechizo.  
¡Qué risueños y gratos días aquellos  
en que yo acariciaba con alegría  
la sedosa madeja de sus cabellos,  
dorados y bruñidos cual los destellos  
del sol siempre brillante de Andalucía!...  
Todo hubiera acabado como es debido  
siendo ella mi señora, yo su marido,  
porque en la edad dichosa de los amores  
que es cuando de las suyas hace el demonio,  
con sus pérfidas artes y sus rigores,

todo nacido  
se halla siempre en peligro de matrimonio.  
Pero tenía

mi futura una madre que era una arpía,  
la cual se halla a estas horas en el infierno,  
según orden expresa del Padre Eterno.  
Han pasado los años, y aun me parece  
escuchar los insultos de doña Ignacia.  
¡Satán le dé el castigo que se merece,  
porque ella fué el motivo de mi desgracia!

Recuerdo que era el santo de mi futura,  
y yo quise, como era cosa corriente,  
para evitar lo mucho que se murmura,  
quedar con la muchacha decentemente.  
¿No regalarle nada? ¡Valiente mico,  
sabiendo que por ella yo estaba loco!  
Yo entonces no tenía ni un perro chico.  
¡Ni ahora tampoco!...

Pero empeñando un terno nuevo y flamante,  
que era, según las gentes, muy elegante,  
con los tres duros  
que me dió el prestamista, salí de apuros.  
Compré a mi novia un lindo ramo de flores,  
que era el más puro emblema de mis amores,  
y me marché a su casa rápidamente,  
a fin de hacerle entrega de tal presente.  
Mas tomando el regalo por una injuria,  
me gritó doña Ignacia, torciendo el gesto  
y hecha una furia:

«¿No le da a usted vergüenza venir con esto?»

MANUEL SORIANO.



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— ¡Mira por dónde se cumple lo que me vaticinó  
Juanita, la de Apolo: con el tiempo te mantendrán las  
tablas!...



Dib. CAMACHO. — Valladolid.

— ¿Os habrá dejado algo tu difunta mamá política?  
— Sí, señora. Nos ha dejado... en paz.





Dib. CASERO. — Madrid.

«... Adiós, riquín; no te escribo más, porque papá y mamá me esperan en el auto para ir de excursión.»

## ELOGIO DE LOS VAGOS

Nos asomamos al balcón de nuestra vivienda: por la calle cruzan afañosos los hombres. Van impulsados por la fiebre del trabajo: unos saltan al estribo de los tranvías; otros caminan ligeros, bajo el sol del estío, o tiritando en las mañanas invernales; otros son conducidos por coches viejos al paso desigual de un caballo hético; algunos, cómodos y raudos, se reclinan en el fondo de los automóviles. Es la ciega actividad de la vida lo que pasa; es el afán por surcar de arrugas los rostros frescos y por acelerar la presencia de las canas.

¿Para qué? Un día se quebrará el hilo frágil y descansaremos apretados en cuatro tablas vestidas de negro con adornos dorados. Y éste será siempre el final de la jornada.

El trabajo es un invento diabólico de un ironista primitivo, que gozó contemplando la claudicación de la Humanidad. Y las manos, que se hicieron para descansar serenas, y los pies, que se modelaron para caminar con lentitud contemplativa, y las espaldas, que se formaron para reclinarse cómodamente, se encadenan de un modo voluntario a este engaño maldito del trabajo, que denigra al hombre y le somete como a las bestias.

El que sabe estar tendido estoicamente al borde del camino febril, dejando pasar la vida sin molestarse para ver por dónde camina Cronos, siente un desprecio estupendo por los demás hombres. Se sabe iniciado en los encantos terrestres.

La gran mentira de la civilización coge al niño y le hace trabajar para que aprenda urbanidad y catecismo; luego le lleva y le trae por aulas sombrías, martirizando su pobre cerebro; le sienta más tarde en una oficina para que le alinie columnas de números, o le hace subir las gradas de un foro para que intente ramilletes dolorosos con palabras rebeldes, o le lleva a la hostilidad del campo para que tienda una cinta numerada e inoportuna sobre las frescas amapolas, o le arroja al fondo de una mina, o le tuesta en la boca de un horno, o le llena de sabañones tras un mostrador comercial.

Y, en tanto, el salvaje de Kamchatka se acaricia con deleite el aro rutilante que engalana su nariz.

Las satisfacciones que produce el trabajo son estúpidas y fugazmente pasajeras. La gloria no vale lo que el encanto de la pereza.

Ningún hombre puede esperar goce alguno fuera del que destile de su propia vida. Y si deja caer el agua en la clepsidra eterna, asediado por los apremios del trabajo, llegará con las manos vacías a la insondable laguna donde navega una barca que no vuelve.

Las hormigas bordean el camino cargadas con granos robados; arrastran desesperadamente su propia miseria. La cigarra, en lo alto, canta su vagancia, que sería más completa si no la cantase.

Trabajar, tener, ahorrar... Es el procedimiento, como ha dicho un filósofo, de estar en paz con todo el mundo y en deuda con uno mismo.

Diréis:

— Amanecerá el invierno...

¡Pschl... Acaso no tengamos provisiones. Si llega el extremo lamentable del hambre, royendo las entrañas, el dolor de ocho días rabiosos no basta para acibarar el goce de toda una vida de vago, tomando el sol sobre una esterilla y bocarriba, como San Pedro, o abrigado en el lecho, recordando con deleite las frases del divino fray Luis:

«¡Qué descansada vida...!»

JOSÉ VENEGAS.



# LOS GALLOS DESCOMPUESTOS

Los gallos tengo observado que están descompuestos. Ya no dan el cacareo a su hora. Se adelantan y se atrasan vergonzosamente. Desde aquel gallo puesto en hora por la Divina Providencia, que le cantó las cuarenta a San Pedro, los gallos han ido atrasando o adelantando un cuarto de segundo cada año, hasta estar tan atrasados o tan adelantados como hoy están.

Ya hay algunos que cantan a esa hora temprana de las funciones de teatro, cuando sólo se oían antes los gallos de los cantantes.

*Quiquiriqui* se oye, y se siente el sobresalto de no haber avanzado mucho en la labor, cuando ya ha llegado el amanecer. Por si acaso, se mira el reloj, y entonces se ve con optimismo y beneplácito que son sólo las once y media de la noche.

Los gallos son seres humanos de capa y espada. Les queda la hidalguía y la fanfarronería de la raza. ¿Por qué han dejado retrasar su reloj?

¡Y que sea la campana de las horas la que se ha atrasado! ¡Con lo difícil que es poner eso en orden y que vuelva a sonar la hora debida!

En el reloj cuyo timbre se ha descompuesto, oiremos las cuatro en vez de las cinco durante mucho tiempo.

Los relojes de los gallos se parecen un poco a los relojes de cuco, aunque tienen una superioridad sobre los de cuco, y es que se les oye desde el horizonte.

Esta descomposición de los gallos como relojes de precisión garantizados por la Providencia, es algo sintomático de una época. Hasta hay ahora

gallos trasnochadores que trastornan el orden clásico de poner huevos que tenían las gallinas, que los ponen y esconden en la noche y así perjudican la frescura de los huevos del día y lanzan al mercado huevos del día anterior.

Los gallos no pueden seguir tan desmoralizados. Hay que hacer algo por arreglarlos, hay que llevarlos al relojero de los gallos a que los reedifique, para que coincida su canto con la presencia del alba en el meridiano de la localidad. Quizás los gallos se han retrasado en su misión, y se han descuidado y descompuesto, porque han visto el poco caso que se hacía de ellos, y cómo cada cual, sin fiarse de lo que decían, buscaba su reloj.

Como ya nadie hace caso a los que tocan las campanas de la Vela, pues ya se regulan los riegos por los relojes mejor que por esas campanadas, así nadie cree en los cacareos del gallo para situar la hora.

Como pasaron los relojes de arena han pasado los relojes de gallo, y por eso, desmoralizados, campean por su cuenta.

Da pena ver a los gallos descompuestos, que en vano aspiran a dar los tres cacareos de la aurora, pues a veces ni les sale ya el *quiquiriqui* espontáneo, pues como lo han gastado antes de la hora, ya no les queda otro cuando en su mecanismo sienten el influjo del antiguo acople con la Naturaleza.

¡Qué trabajo y qué zigzagüeo de su cuello les cuesta todo cacareo a los gallos de hoy!

¿Perderá su voz el gallo? ¿Es un fenómeno premonitor éste de cantar poco y cantar a destiempo? Como la forma poética, ¿estará llamado a desaparecer el canto del gallo? ¿Será abolido como lo ha sido el que cantaran las horas los serenos?

Se necesitarían maestros en cacareo que devolviesen a los gallos, a su hora, la sensación del deber que han olvidado.

Todos esos hombres que en los teatros o en los toros lanzan un cacareo admirable, debían repasar su lección a los gallos, y con el reloj en la mano, y consultando el almanaque zaragozano, que marca las salidas del Sol, enseñarles de nuevo la lección olvidada, y que canten en punto su obligada diana.

Entonces se conseguiría que esos gallos reeducados enseñaran a las generaciones nacientes el antiguo canto y se reanudase la costumbre de atenerse a él.

Porque como yo le decía al dueño del gallo más descompuesto, el que daba el toque de diana a las diez de la noche:

— ¿Para qué quiere usted un gallo tan descompuesto y tan único? ¡Como no sea para comérselo!...

Yo daría un edicto redactado en estos términos, y lo pegaría en esos pendones de hierro que no tienen nada impreso en su estandarte y que son ya lo único que perpetúa los célebres pendones de Castilla, y están clavados en los jardines públicos como si acabasen de ser conquistados:

Edicto. — Todos los gallos que canten antes de la hora que les señaló la Providencia,

serán decapitados por haber cometido el delito de herejía.

Sólo se exceptuarán de esta sentencia los que canten a deshora la primera noche de plenilunio, teniendo en cuenta lo mucho que les desvela esa fase de la Luna.

Hay que tener en cuenta lo grave que es este desarreglo de la sonería de los gallos, porque por ellos se regula toda la Naturaleza, que no posee el don de

comprender el reloj, y que, por tanto, no se puede guiar por él.

Los murciélagos, que se retiraban cuando el gallo cantaba, por seguirle haciendo caso se han retirado unos días demasiado pronto, y otras veces ya asustados y atontados por la luz, después de hacer mucho rato que había amanecido. Las arañas también atienden al reloj para tomarse las cuatro moscas del amanecer, pequeño viático que las fortalece para entrar en faena.

Hay flores que esperan el canto del gallo para abrirse o cerrarse, para dejar volar su polen o retenerlo, para apurar el rocío que les tiene prescrito el médico, para crecer o para cuidar como una manicura de hacer las uñas a los capullos.

Sólo los gallos de los observatorios astronómicos son buenos gallos, porque tienen garantizado el





canto cronométrico, debido a que son de una raza especial que se cuida en Glasgow desde tiempos inmemoriales.

El astrónomo sólo se acuesta después de oírles lanzar el canto de madrugada, y no sin haber apuntado antes en su agenda de observaciones, en su cuaderno de bitácora:

*Cantó el gallo a las cinco y trece minutos con seis segundos y un cuarto y dos décimas de segundo.*

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

*Dibujos del escritor.*

\*\*\*\*\*

## ¡Envidia que tiene uno!

Se ve con amargura que las tradiciones se desvanecen. Ya ni siquiera hay aquellas suegras de terrible apariencia, agresivas, fieras y mortíferas como granadas de mano. Las mamás de las tobilleras del día se desgranán en sonrisas

en cuanto olfatean un pretendiente. Apenas si queda algún muchacho de veinte años que tenga que hablar a su novia desde la calle por el procedimiento de los sordomudos; ni que furtivamente meta la nariz por el ventanillo de una puerta, detrás de la cual palpita el corazón de su amada; ni que haya tenido que esconderse debajo de una cama o dentro de un armario, como los novios de la generación del 98.

Los muchachos de hoy día son mucho más felices que los de entonces. Sin contar con la complicidad de los cines, que ya aportan un insuperable encanto a los discreteos del amor, disfrutan de una envidiable facilidad para «entrar en casa». ¡Eso, que constituía antes el doctorado de las relaciones amorosas! La tolerancia y la laxitud han abierto brecha en el corazón de los suegros. Las niñas de trece años sacan ahora sus espejitos en la Castellana, y con una barrita de carmín se revocan la fachada a presencia del público. Generosamente, ofrecen gran parte de sus encantos

a la vista del transeúnte, y sus papás se crecen ante el murmullo que levantan las pantorrillas de sus pimpollos. Lo que indigna es que los modistos hayan tardado tanto tiempo en decretar la utilidad pública de los encantos femeninos. Ahora le pillan a uno cargado de chicos y sin humor para nada.

Queda, sin embargo, por esta villa y corte (Dios nos lo conserve muchos años) un pobre novio que aun no entra en casa de su futura y habla con ella a gritos desde la calle.

Si él supiera la simpatía que su situación me inspira, si adivinara que le considero como un correligionario recibido con retraso, no incurriría en la crueldad de usar medias palabras y giros convencionales para hablar a su amada cada vez que paso junto a él, empleando términos que parecen sacados de una correspondencia amorosa de cuarta plana:

—Yo, ¿sabes?, cada día más. Donde aquella vez. Loquisimo, y esperando lo del día 15.

Paso a su lado de prisa, sin mirar, sin hacer nada por merecer esa desconfianza, más bien digno de que ese novio presintiera mi cordialidad y le dijera lisa y llanamente a su amada:

—Vida mía, en cuanto me den la credencial, nos casamos.

Esa pareja constituye para mí el último hilito de una tradición que se va inexorable, el último testimonio de un rigor paternal que pertenece ya a la Arqueología. Cuando soy momentáneo testigo de su coloquio, me ocurre lo que a los espectadores de una corrida de toros, que, viendo a un diestro torear bien de muleta, le obligan a que retrase el momento de entrar a matar: «No le mates, no le mates; sigue toreando. ¡Ole...!»

Así digo en mi interior: «No te cases, no te cases; sigue aquí en la vía pública durante muchos años, a ver si este último vestigio de la vieja usanza vuelve a prender en los padres distraídos de hoy día y se retorna a las costumbres que hemos padecido los demás.»

Yo me permito llamar la atención de todos esos señores que protestan cada vez que se atenta a una tradición, de esos hombres de ciencia, catedráticos, escritores, etc., que se oponen a la venta de un objeto de arte, a la destrucción de un edificio típico, a la desaparición del cante jondo, a todo lo que perjudica la solera de nuestro casticismo, para que redacten y firmen un escrito dirigido a los padres de la última novia de Madrid que habla a su futuro desde el balcón, animándoles a perseverar en su conducta, para alargar en todo lo posible la visión de esa escena clásica, resoldo postrero de costumbres de antaño.

El día que esa pareja se case, no tendremos ningún ejemplo que citar a nuestras hijas cuando, por oponer reparos al primer novio que les salga, nos tachan de extravagantes, de anticuados, de siglo XIX.

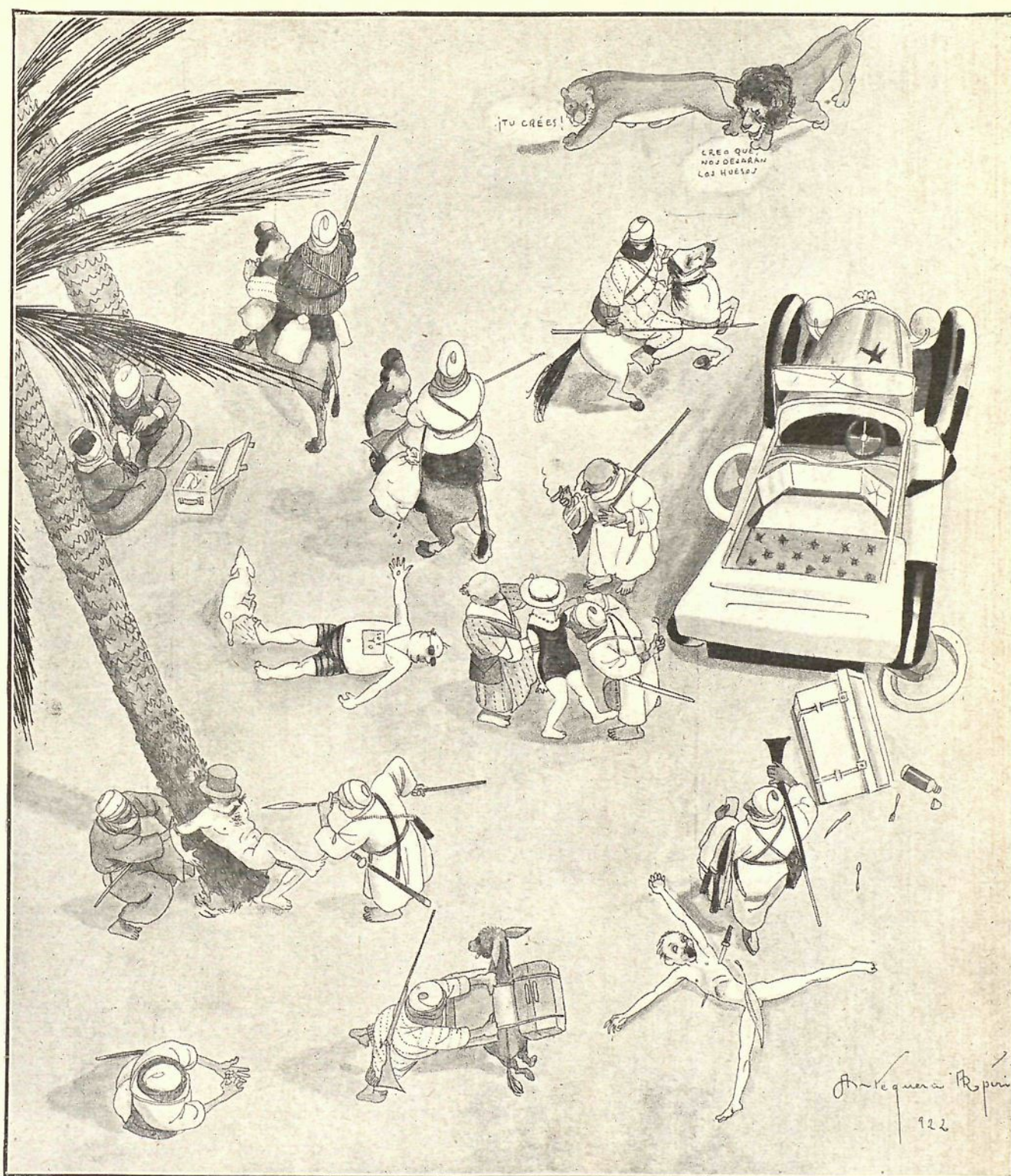
RAMIRO MERINO.



Dib. CASTIEG. — Alicante.

—Bueno, hombre; ¿conque vuelves a embarcar? Y ¿adónde vas ahora?  
—Pues al Pacífico..., a despedirme de unos parientes.





VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE AÉREO

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

V. — Cómo se hacen las grandes fortunas entre los tuaregs.



# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## AUTORES, ACTORES Y TRADUCTORES



A está encima. La temporada avanza con paso de auto de carreras. Los autores dan los últimos toques a las maravillas que urdieron en las sietas caniculares. Todo está presto. El anuncio de la batalla del cómico contra el público, y del autor contra ambos, enardece a los más tímidos.

Ahí tienen ustedes, sin ir más lejos, al Sindicato de Actores, aliado hoy con la Sociedad de Autores y combatiendo con la Empresa del Sr. Fraga.

La han sitiado, dijéramos que en regla. No va a encontrar ni un galán ni un sainete, y hasta parece que ni una estrella de variedades, para sus numerosos teatros de provincias.

¡Sus, y a él! Toda la grey artística a las armas.

Meana ha comenzado la ofensiva, y bombardea de vez en vez con notas oficiosas que dispara desde los periódicos. Los restantes directivos de las dos entidades dan alientos a las huestes...

¿En qué parará todo ello?

Difícil es predecirlo. En estos asuntos artísticoguerreros, el que más pone es el que más pierde.

Los cómicos tienen desde luego muchas razones en su favor; pero tampoco el Sr. Fraga dejaría de tenerlas si se empeñase un poco en buscarlas.

Nada de artistas extranjeros, nada de temporadas a base de compañías mediocres de otros países. Pero... ¿qué hacen las formaciones artísticas nacionales?

Este invierno se representarán más de un setenta y cinco por ciento de obras francesas, inglesas, italianas, etc., etc., adaptadas y traducidas al castellano; esto sin contar las que los discretos firmantes, simplemente por modestia, hagan aparecer como originales en las carteleras de las esquinas... y en las liquidaciones de la Sociedad de Autores.

Y nosotros nos preguntamos:

¿Por qué esa fobia para los artistas escénicos de otros países y no para los autores extranjeros?

¿Por qué la Sociedad de Autores presta su ayuda a los cómicos, y el Sindicato de Actores no lo hace con nuestros verdaderos dramaturgos?

Algún interesado afirmará que con las traducciones se trabaja menos y se gana lo mismo. Pero nosotros no estamos conformes con esa respuesta.

El hombre que se ha roto los cascos pensando, hilvanando y escribiendo una obra, por mala que

sea, tiene más derecho a vivir en España del teatro que los autores mediocres de otros países que se *dejan* traducir al castellano.

Esto que nosotros decimos nos lo han dicho también comediógrafos de tercera, segunda y hasta primera categoría.

No es justo eso de los cómicos. Así como los que escriben mandan retirar ahora sus repertorios, los que interpretan deben de oponerse a decir las comedias de los extraños.

«Solidaridad, y no por mi escenario», sería lo contrario de lo anterior.

*Do ut des*, que diría un erudito.

Pero nos hemos puesto demasiado serios, y nuestro natural es de lo más festivo que darse puede.

Nosotros, antes de dejar que se nos arrugue el entrecejo, somos capaces de suplicar a las Empresas que no pongan en escena más comedias que las de Flers y Cailavet.

Después de todo, vamos a ganar lo mismo.

Es más: tenemos la receta.

Compramos una comedia escrita en el idioma que sea. Es igual. La mandamos luego a la Escuela de Idiomas, nos la traducen con puntos y comas a precios reducidísimos, y...

¡He aquí la fortuna!

¿Qué han hecho, si no, casi todos los restantes traductores?

Ya nos duelen los oídos de escuchar a los cómicos párrafos como el que sigue:

«Es por esto que yo me soy demasiado contento en escucharte lo que tú me dices...»

Tan acostumbrados estamos a ello, y lo están también los cómicos, que a veces en comedias españolas se producen de la misma brillantísima forma.

Como que vamos a tener que denunciarlos al Sindicato de Actores para que también les pongan el veto.

Sí, señor; los hay a quienes no se les entiende.

¡Y para eso, que vengan los extranjeros y nos daremos postín de que sí los entendemos!



Dib. OZORES.

Antonio de la Villa, director artístico del Paraíso (Parque de recreos).

JOSÉ L. MAYRAL.



DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

# EL HOMBRE QUE MEJOR GANA SU SUELDO

No sé cómo se llama su oficio. Tampoco es fácil indagarlo; pero puedo asegurar que es el hombre que más trabaja. Le he visto en una orquesta americana.

Mientras el contrabajo da unas notas perezosas y el arco del violín salta jugueteón sobre las cuerdas, en un trabajo que ni molesta ni fatiga, hay un hombre que se agita en una labor múltiple y azarosa.

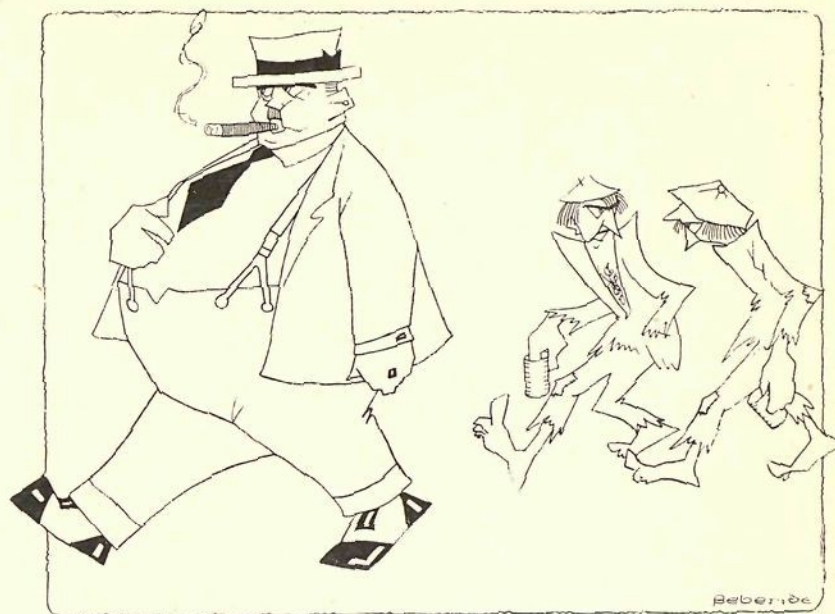
La gente, que ocupa tranquilamente una butaca del cine y a quien regala el oído la extraña melodía, no llega a apreciar el trabajo de este hombre, porque está demasiado lejos de los tráfigos de los humildes.

Este hombre es un héroe anónimo y obscuro, postergado por la desidia de las gentes.

Para darnos una idea aproximada, numérica, de su labor, diremos que trabaja como dos presidentes del Consejo, como siete consejeros de ferrocarriles, como doce académicos de la Lengua, como veinticinco bibliotecarios de la Nacional y como unos sesenta guardias de Orden público.

Si aun precisásemos más, llegaríamos a sumas fabulosas, a un enorme laberinto de ecuaciones, reglas de tres y logaritmos. Sería una labor de años, que absorbería la atención de los sabios y que se detendría en el pavoroso infinito.

Este hombre singular, una vez comenzada la pieza musical, acaricia unos cascabeles. Después los agita bárbaramente. Deja los cascabeles para dar golpes con una regla centimetrada. Deja la regla para tocar las castañuelas. Deja las castañuelas para silbar hasta congestionarse. Sin darse tregua, da unos golpes de triángulo. Deja el triángulo para tocar la sirena. Deja la sirena para frotar la madera del zócalo con un cepillo de



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

UN COLILLERO. — ¿Crees tú que tirará el puro sin fumárselo?  
EL OTRO. — ¡No caerá esa breva!...

\*\*\*\*\*

cerdas fortísimas. Deja el cepillo para taconear unos instantes en el suelo. Al momento de cesar en este trabajo, saca un revólver, que dispara dos o tres veces con pólvora sola. Deja el revólver para

dar unos gritos angustiados, como si fuesen a atropellar a alguien. Al mismo tiempo toca la pandereta y pasa una llave por la parte erizada de un rallador de pan. Cuando acaba este trabajo, hinchadas las venas, coge los cascabeles, y después las castañuelas, y así, por este orden, una vez, dos, cuatro, ocho, diez y seis...

Ya el pobre hombre suda, se derrenga extenuado por la fatiga que produce tan agitada ocupación. Cuando acaba la pieza, está materialmente destrozado. Pero el público, que ignora toda esta tragedia muda, por el mero hecho de haber depositado una peseta en el mármol de la taquilla, se cree en el derecho de exigir la repetición. Nuestro hombre no puede más, le rinde el cansancio; pero el público grita y se revuelve. Llega el empresario y le amenaza con la cesantía; y este hombre, que quizás sea cabeza de una numerosa familia, piensa en el pan de sus tiernos hijos, en el hambre, en la desolación de su pobre hogar, y con lágrimas en los ojos, toca los cascabeles y las castañuelas y se pone a silbar.

Este hombre es el que más trabaja y es quizás el peor retribuido. Sería una labor de justicia proteger la vida de esos hombres que, por su frugalidad y fortaleza, son el verdadero tipo sano de nuestra raza. Conserva su puesto de peligro con la entereza de los antiguos héroes.

Aun no se ha ocurrido que, para nuestra conquista de Africa, un ejército de músicos de jazz-band sería un ejército vencedor

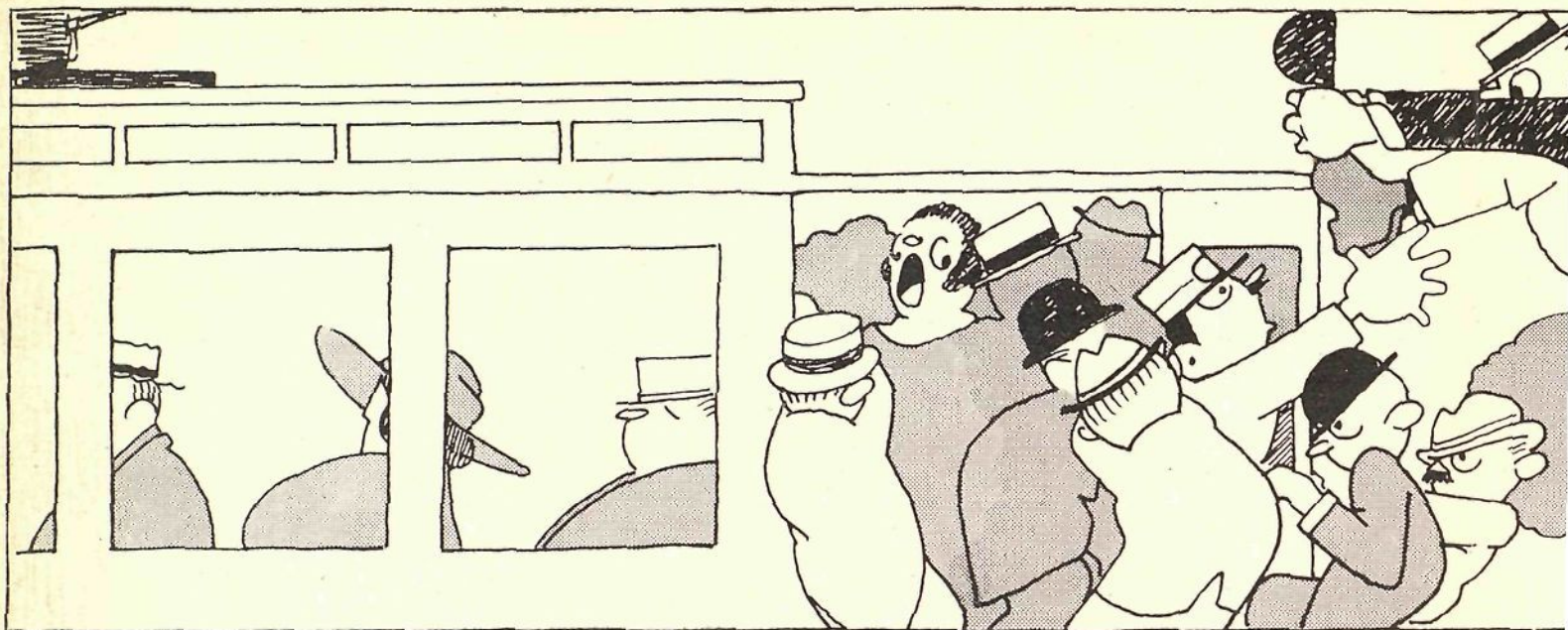
JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



Dib. URIBE. — Madrid.

— ¿Qué haces ahí?  
— Tomar baños de sol.  
— ¿Por qué no los tomas a la sombra, como yo?





— ¡Caballero, caballero!... ¿Es que usted no va a pagar?...

— Sí, cobrador. En cuanto mejore de posición...

## EL ROBO DEL PANTEÓN

(Cuento yanquilandés.)

I



La tapa del féretro giró pausadamente, y miss Patty, estornudando por tres veces, se incorporó y quedó sentada sobre el fondo de la caja mortuoria, auscultando absorta, en el silencio necropolita, los vagos rumores de la *rushhour*, que pasaban a través de los vitrales del panteón con las luces borrosas del crepúsculo. Vuelta del éxtasis de su escucha y tras desbrazarse deseosamente, miss Patty abrió un estuche de viaje que allí mismo, a su cabecera, tenía brindándole sus servicios sobre un escabel turco, y ante un minúsculo psiquis de sobremesa, oprimiendo el botón que lo iluminaba eléctricamente, recompuso en breves toques su tocado, pasóse la borla de los polvos por la faz y por los labios la barrita de carmín.

Después, sonriéndose a sí misma en el espejo y sin de él apartar la vista, tomó del estuche un soberbio thermo, destapólo, y voluptuosamente, a pequeños sorbos, apuró su contenido. Quedó luego un momento inmóvil, ce-

rrados los ojos y la cabeza echada atrás, mientras su seno se deshinchía de un suspiro que exhaló con golosa pausa; y enderezándose, al fin, de nuevo, y cogiendo y examinando una tarjeta que blanqueaba en su regazo, accionó el timbre de un aparato telefónico que, sobre otro primoroso escabel turco, hacía su guardia junto al féretro.

En comunicación, tras de corta espera, con el número interpelado, miss Patty habló así, la voz reposada y dulce, y a trechos con cierto dejo irónico:

— Un mes hace hoy, como recordará quizás quien me escucha, y según certificado facultativo, falleció en su palacio de Riverside Drive la reina del escabeche, miss Patty Samson. En el testamento de miss Patty — la última originalidad o extravagancia de esta *girl* treintañona — se disponía que su cadáver, con un simple pijama por mortaja, fuese llevado al panteón que la testadora edificarse hiciera en vida, y sencillamente depositado, sin soterrarlo ni emparedarlo, sobre el andén que en la pieza central del edificio un tapiz negro hacía túmulo, y en el cual, al alcance de miss Patty y el día mismo de su traslado al domicilio mortuorio, dejaríanse un estuche de viaje, un teléfono puesto en red y un thermo con un ponche bien caliente. De buen o mal grado acataron los albaceas de

miss Patty sus peregrinas disposiciones testamentarias; pero no en lo relativo a la mortaja, que le dieron conforme entendían convenir a quien fué reina de un ramo de la alimentación tan importante como el del escabeche. Amortajaron, pues, a miss Patty fastuosamente, con traje casi de recepción y con realesca diadema de brillantes; y colgándole sus collares más pesados, ciñéndole sus pulseras más costosas y ensortijándola con sus dos kilos de sortijas, la llevaron, con pompa asiática, a lo que ella denominaba su último domicilio.

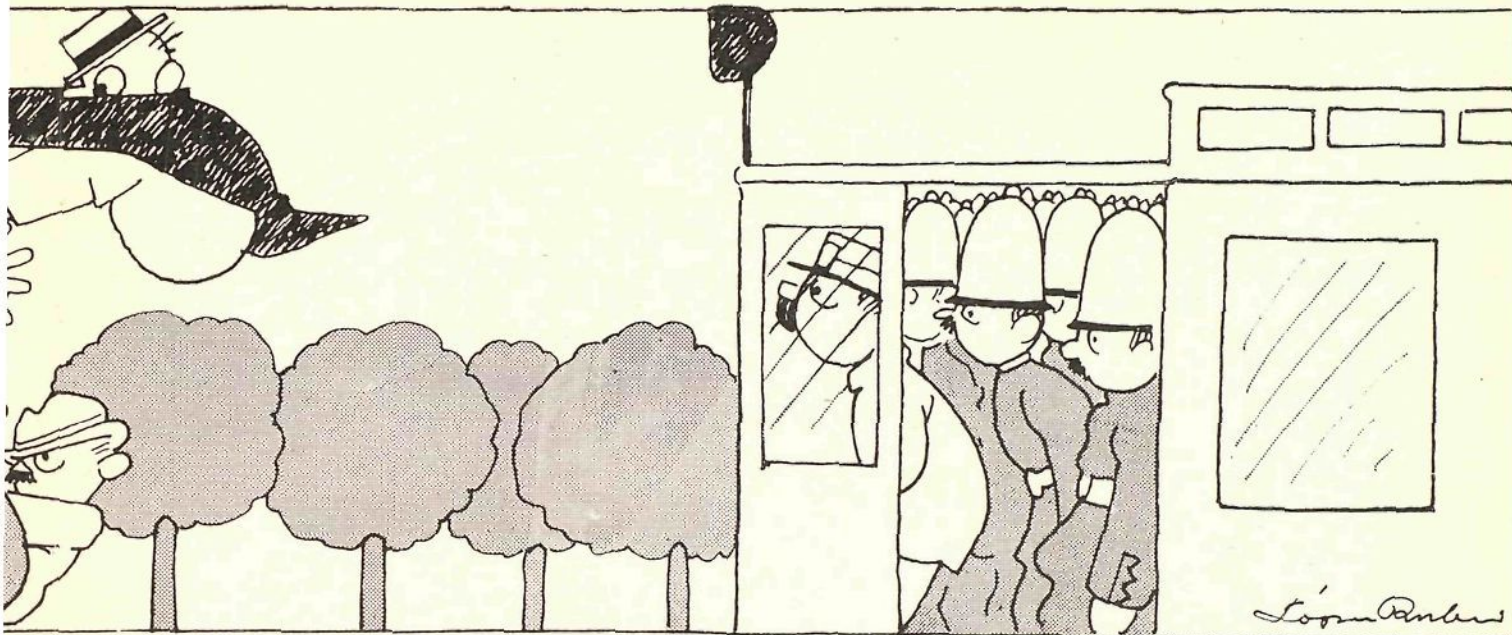
»Aquella noche, momentos después de las doce campanadas, un caballero enmascarado y enguantado llegó hasta el féretro de miss Patty, alzó la tapa, despojó a la yacente de todas las joyas que la cubrían, y luego, dejando sobre ella depositada una tarjeta, hizo de nuevo girar la cubierta del ataúd y desapareció sin producir el menor ruido, desapareció misteriosamente, lo mismo que había hecho su aparición.

»La tarjeta pertenece a mister Morris, el joyero del Broadway. Miss Patty, la víctima del robo, que quince minutos hace ha despertado del sueño cataléptico que su clínico no supo diagnosticar, mas sí prever ella en su peregrino testamento con tan portentosa clarividencia, se apresura a dar conocimiento de estos hechos a la *Police*

office  
no es  
da de  
de Di  
dentr  
pliaré  
muy  
Y d  
gentí  
viva,  
teón  
lluvia

Mis  
ro, s  
cock-  
Park,  
distr  
con l  
to, cr  
—  
¡Este  
Ha  
roja  
y esc  
extre  
deo  
vido,  
terra  
com  
hacia  
ment  
corre





Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

office, de cuya sagacidad y diligencia no es posible sino esperar cuanto pueda desearse. En su palacio de Riverside Drive, si ello se estima necesario, dentro de una hora, miss Patty ampliará las declaraciones que ha creído muy conveniente anticipar.»

Y desocupando el fúnebre repositorio gentilmente, miss Patty, la muerta viva, franqueóse la puerta del panteón alegre como un pájaro tras la lluvia de los cielos primaverales.

## II

Mister Morris, el aristocrático joyero, sentado tranquilamente ante un cock-tail en los jardines del American Park, hojeaba la Prensa con mirada distraída. De pronto, empalideciendo, con los ojos desorbitados por el espanto, crispados los puños por la rabia:

— ¡Esto no es posible! — barbotó —. ¡Esto es estúpido!

Habíase airadamente puesto en pie, roja ahora toda la faz, y parpadeaba y escupía con iracundia, paseando de extremo a extremo de la mesa con jadeo de fiera acorralada. Detúvose, lívido, de improvviso. Allá arriba, en la terraza de un pabellón del parque, como un índice que acusa, se tendió hacia él un Club policiaco. Instintivamente, sin saber lo que hacía, echó a correr empavorecido. Un objeto flo-

tante y áspero le azotó el rostro en su loca huida. Detúvose, y gozoso vió, bailoteando sobre su cabeza, la amarra de un globo que del parque se elevaba en aquel instante. Como a la tabla el náufrago, el joyero asíóse a aquel cabo que tan a punto le tendía la Providencia, y segundos después pasaba veloz sobre la terraza donde, impotentes, contemplaban su ascensión el dueño del parque, el coronel y el hermano de miss Patty, que en ella quedarán, avizorantes, cuando la policía salió en seguimiento del fugitivo.

— ¡Mister Brown! — dijo al dueño del parque mister Samson, el hermano de la reina del escabeche. — ¡Doy mil dólares por esa cuerda!

Tras breves momentos de reflexión, el interpelado preguntó, mirando en torno:

— ¿Hay quien dé más?...

Y como nadie respondiese:

— ¡La cuerda a los mil dólares! — decidió.

Mister Samson empuñó entonces su revólver, y haciendo hito de la amarra, que era allá lejos como un cabello, disparó. El globo dió un salto, libre del lastre de mister Morris, y éste, dando una voltereta, empezó a desandar, mal de su grado, a toda prisa el camino que hecho llevaba hacia las nubes.

Bajo él, como piadosas catacumbas,

se abrían brindándole sepultura las obras subterráneas de un rascacielos.

## III

El choque ocurrió muchísimo antes de lo que mister Morris temía, y no fué en manera alguna tan terrible como esperaba y temía mister Morris. Con infinito júbilo y extrañeza, dándose cuenta de que estaba, no sólo completamente vivo, sino además enteramente ileso, mister Morris abrió los ojos, que había cerrado para evitarse el espectáculo de una muerte que tanto tenía que impresionarle. A su alrededor, treinta o cuarenta elegantes damas e igual o mayor número acaso de *gentlemen* en mangas de camisa, saltaban a la comba alegremente sobre la terraza de un rascacielos.

Una de aquellas damas, seguida de uno de aquellos caballeros en mangas de camisa, dirigióse risueña hacia el caído y le rodeó el cuello con los brazos.

— ¡Tú, eres tú, Bob? — exclamó con gozo —. ¿Te has lastimado?...

Y luego, haciendo gentilmente las presentaciones:

— Bob, mi primer marido — dijo a su acompañante, indicándole a mister Morris —. Mister Johnson, mi segundo marido — díjole a mister Morris, indicándole a mister Johnson.



El joyero mirólos con asombro. ¿Era posible que fuese cierto lo que oía? ¿No estaría él soñando? ¿Cómo, de otra manera, explicarse todo aquello?

— ¡Pobre Bob! — suspiró su esposa dulcemente —. La explicación es bien sencilla. Siéntate, Kit. Bob, sientate.

## IV

La explicación era tan sencilla, en efecto, como difícil parecía a mister Morris.

Sabido es que en Yanquilandia todo se hace vertiginosamente, con rapidez quizás en ocasiones inverosímil, pero cierta, no por absurdamente real. ¿Quién ignora, por ejemplo, que en Yanquilandia llegan los trenes al punto de destino momentos antes de arrancar del de partida? Pues bien: cuando el joyero de Broadway, rota la amarra a

cuyo extremo iba suspendido, hubo hecho un metro en su recorrido descendional, el rascacielos en construcción, sobre el cual a plomo caía el cuerpo de mister Morris, habíase elevado ya a la altura de sus quince primeros pisos; en el tiempo invertido por mister Morris en recorrer el segundo metro, doce nuevos pisos del rascacielos aumentaron la altura del edificio, ya verdaderamente prodigiosa; y cuando, en fin, le faltaban al joyero seis o siete centímetros aún para acabar de recorrer el tercer metro, la enorme mole domiciliaria, ya por completo construida y decorada, con sus servicios todos montados y en ella alojando una población de 10.000 almas, puso el cemento de su terraza bajo los miembros afortunados del que caía.

Pero antes de que esto aconteciese, la esposa de mister Morris,

juzgándose viuda al leer en la Prensa lo ocurrido en el parque de espectáculos, y no queriendo llevar el nombre de quien moría lleno de oprobio, con la infamante nota de ladrón, contrajo matrimonio con mister Johnson. Poco después hacíase pública la inocencia del joyero de Broadway, cuya tarjeta el verdadero autor del robo declaró haber dejado sobre el cuerpo de la reina del escabeche por una lamentable confusión.

Tal era la explicación de lo ocurrido desde que mister Samson disparase contra la amarra de que pendía mister Morris, hasta que mister Morris fué detenido en su descenso por la terraza en que la burguesía yanquilandesa combatía la obesidad saltando a la comba.

Mister Morris puso querella a mister Samson por el disparo contra la cuerda; pero alegó mister Samson en la barra que la cuerda era suya, por haberla adquirido antes del disparo en pública subasta, y que podía, por consiguiente, romperla cuando y como se le antojase. Fué absuelto.

La esposa del joyero y de mister Johnson — caso de bigamia que las leyes no tenían previsto — pudo, merced a ello, ser la única mujer de su país a quien los Códigos permitían el uso alternativo, simultáneo e indistinto de dos maridos. Mas cansada, al cabo, de tal prerrogativa, cediólos por horas a sus amigas de confianza, en pago o a cambio de análogos actos de altruismo.

Mister Brown, el dueño del parque de espectáculos, editó con este asunto una película: *El robo del panteón*.

MANUEL GALÁN.

\*\*\*\*\*

EN VOZ BAJA

## EL EDIL EN EL PATIO DE CRISTALES

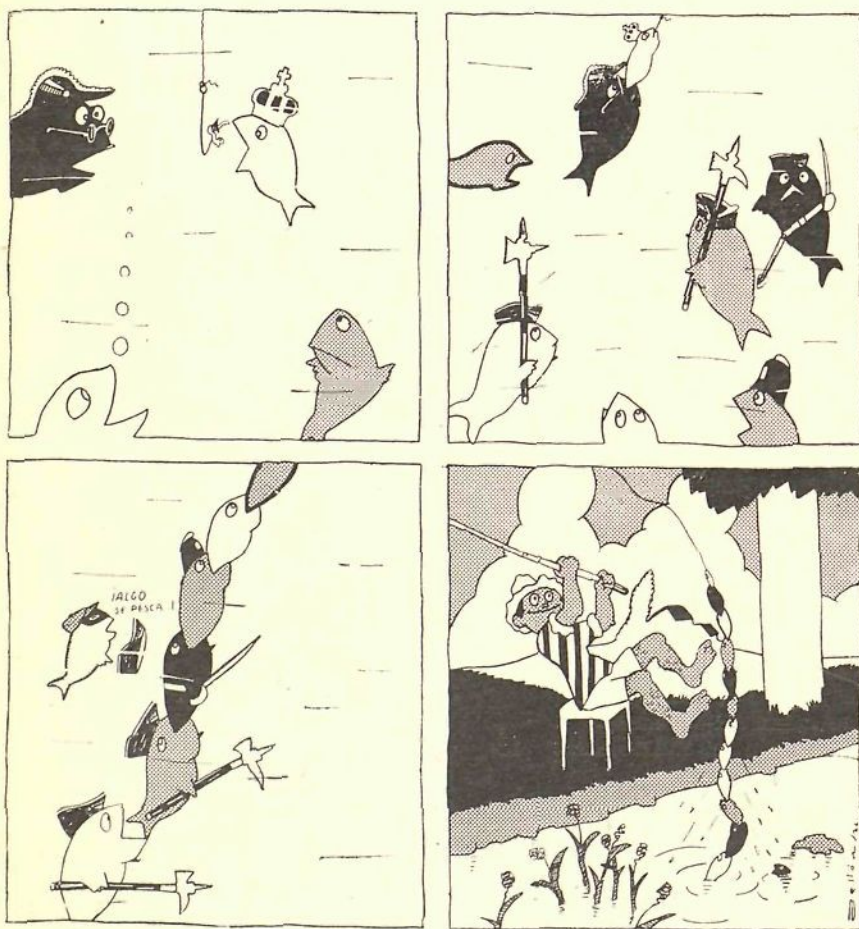
Lector, voy a descubrirle el Patio de Cristales del Ayuntamiento.

El Patio de Cristales viene a ser en el Ayuntamiento lo que es el Salón de Conferencias en el Congreso.

La hora de más movimiento en el Patio de Cristales es de doce a una del día.

Se comenta, se protesta, se suplica, se intriga... y se dan grandes resbalones, porque a veces lustran demasiado el vítreo pavimento...

En día de sesión, las puertas que co-



Dib. BELLÓN. — Madrid.

«La imprudencia del príncipe puede conducir a su pueblo a la ruina y al deshonor.» (Maquiavelo.)

(Artículo de fondo... del mar.)



munican con el salón donde se debaten los problemas del Municipio no hacen más que dar entrada y salida a los concejales. Los hay que no pueden permanecer sentados tres minutos seguidos en su escaño. Unos, porque la amistad los atrae al patio; para serenarse, otros; los más, porque padecen de la vejiga...

Este es el aspecto más interesante del concejal. En determinados momentos de votación, cuando va a pasar determinado dictamen, el concejal sale apresurado del Salón de Sesiones. Algunas veces, a pesar de las llamadas insistentes de los timbres, el concejal no regresa hasta que ha pasado tiempo. Hay algunos que permanecen fuera tiempo sobrado para expulsar un aerolito.

Otras veces pronuncia un fogoso discurso sobre un asunto baladí. Así, no extraña que luego se marche y no se ocupe de algo que iba después.

Pero eso es en día de sesión.

En días corrientes, el bullicio no es tanto de doce a una del día. El patio está animado, y nada más. No es entonces cuando se suele decir:

«¡Cómo está el patio!...»

El concejal llega, toma agua con azucarillos — unos azucarillos de mucha substancia que hay en el Ayuntamiento — y entra en el Patio de Cristales.

Está en su elemento.

La luz entra tamizada por la policromada cúpula de cristal, donde se leen inscripciones como «Honradez», «Honorabilidad», «Justicia», etc... Los contratistas rodean al edil, que sonríe satisfecho; algún que otro elector que va a verle, le acosa, porque tiene un asunto que resolver...

Es la hora propicia.

El concejal se sienta ante una mesa, y ya se ve bien que es personaje influyente. No cesa de escribir besalamanos, firmar enormes mamotretos de papel que le llevan los jefes de Negociado, y de aporrear todos los timbres que están a su alcance... No le distraigan... Está sacrificándose por el vecindario.

## CALUMNIAS

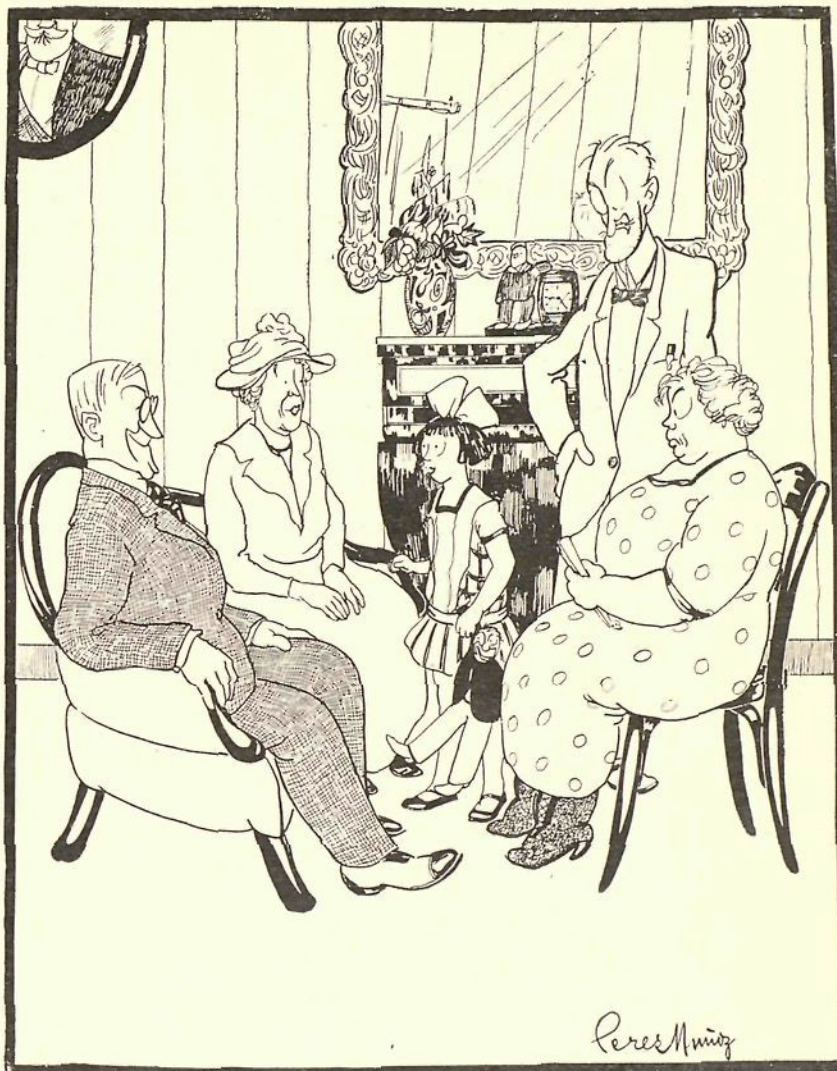
Todo esto es la verdad estricta.

Tenga mucho cuidado con lo que oiga en el Patio de Cristales. No todo puede creerse.

Le dirán a usted que el mismísimo director general de Seguridad se encontró una vez, en una recepción del Ayuntamiento, con que le habían extraviado el gabán. Se lo extraviaron nada más. Bien es verdad que fué para siempre. Sin embargo, no lo crea usted.

Le dirán que hay quien habla en el Salón de Sesiones de *neumáticos macizos*, y que hay quien confunde el significado de la palabra *epitafio* con el de *rótulo*, así:

— ¡Porque, señores concejales, es necesario que en los puestos reguladores se ponga un epitafio que diga el precio de lo que allí se vende!...



Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

LA VISITA. — ¡Conque pasan ustedes la mayor parte de los días en Cercedilla!... ¡Gastarán un horror en viajes!...

LA NIÑA (muy mal educada). — No; si Cercedilla está muy cerca. Es ese pueblo que antes se llamaba Tetuán de las Victorias.

Usted procurará no creerlo. Y, en último caso, la gramática no es indispensable al edil.

Don Antonio Maura es presidente de la R. A. E., que L. F. Y. D. E.

Le dirán a usted que hay concejal que pide para los niños de las escuelas municipales mapas de Europa de tamaño natural...

Mas ¿para qué seguir?... Usted ya está apercibido contra todo eso.

Le dirán a usted cómo un concejal, que fué comisionado a París, a los postes de un banquete con que fueron obsequiados los que componían la Comisión, se comía unas guindas en dulce servidas en un envase de madera con

paja menuda, y al ser advertido por un periodista, que también asistía al banquete, y notó, estupefacto, que dicho concejal se comía no sólo las guindas, sino también la paja, contestó:

— ¡Me dirá usted a mí!... ¡Si estoy cansado de comer esto toda mi vida!...

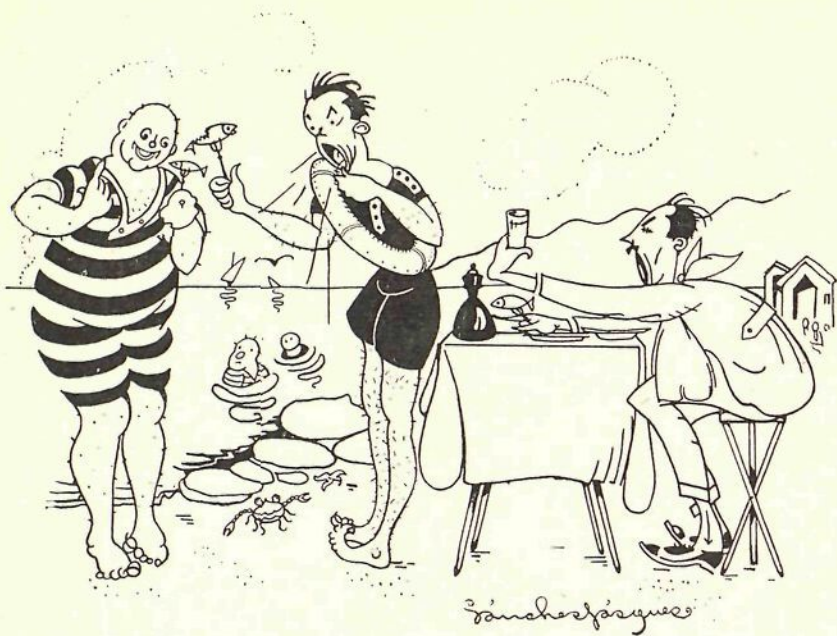
Pero usted no lo creerá. Eso más bien parece un chascarrillo.

Y aquí termino.

¿Que no se ha dado usted aún perfecta cuenta de lo que es el Patio de Cristales?... Es un contratiempo... Pero, en fin, le doy un consejo: vaya usted a verlo personalmente...

TRISTÁN ALEGRÍA.





Dib. SANCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Beba pronto este vaso de agua, que se está usted ahogando.  
— Descuide, que no se ahoga. ¿No ve usted que lleva puesto un salvavidas?

## TITIRIMUNDILLO

Del estudio grafológico de D. Melquiades: «Espíritu impresionable. Ambición; deseos de llegar a un fin determinado.»

Pero si eso lo sabe todo el mundo. ¡Y a la Presidencia del Consejo de Ministros!

«El conflicto de la madera.»

— Explicame el caso.

— Pues muy sencillo: que te dan un garrotazo en la cabeza, y ésta se hincha.

— ¡Ah!... Eso es el lock-out.

— No; eso es el chichón.

«El pescado podrido se vende barato.»

¡Naturalmente! Ya de tener un cólico, tenerle por poco dinero.

«La Deuda flotante alemana es de trescientos mil millones.»

¿Y aun flota?... Esos millones serán de corchos.

Todos los días los periódicos traen una relación de las personas mordidas por perros.

Por lo visto, éstos tienen una organización perfecta y están desarrollando su plan.

Y lo desarrollan a mordiscos.

«Un cajero huye con algún dinero.»  
Se conoce que no se llevó todo por no molestar.

«Un rayo provoca una explosión.»  
¡Caramba con el rayo! ¿Es que se metió los dedos en la boca?

Un crítico teatral dice que «tras La tempestad viene La viejecita».

No lo comprendemos. Tras La tempestad viene la calma. Por lo menos, eso se ha dicho siempre.

— Todo lo que dice el subsecretario de la Presidencia, Sr. Marfil, es verdad.

— ¿Y no mete bolas nunca?

— Nunca; las bolas de Marfil son para los billares, no para la Presidencia.

— Mire usted lo que dice este periódico. El tiempo que hace...

— Si; calor.

— No; si digo el tiempo que hace... que no veo algún dinero suelto.

«En todo conflicto debe imponerse la prudencia.»

— ¡Prudencia!

— ¿Qué?

— ¡Que vaya usted a arreglar el conflicto de Correos!

«Asesinato aclarado.»

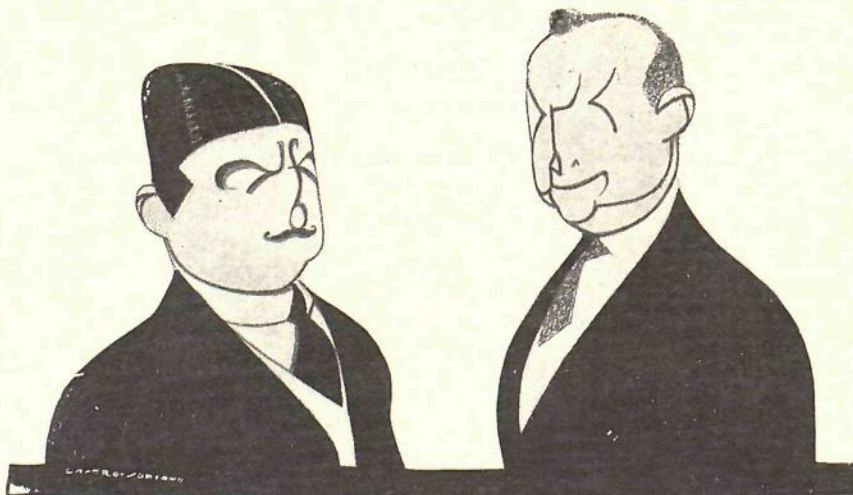
¿Aclarado como la ropa? ¡Pues verá usted el jabón que le van a dar al asesino!

«Los dentistas de Rusia han enviado un mensaje.»

Poco deben de trabajar esos dentistas. Porque no son los dientes y las muelas lo que más se utiliza ahora en Rusia.

«Después de una brillante correría por Marruecos, ha llegado el tenor García Romero.»

¿Correría? ¡Por lo visto le perseguían los moros!...



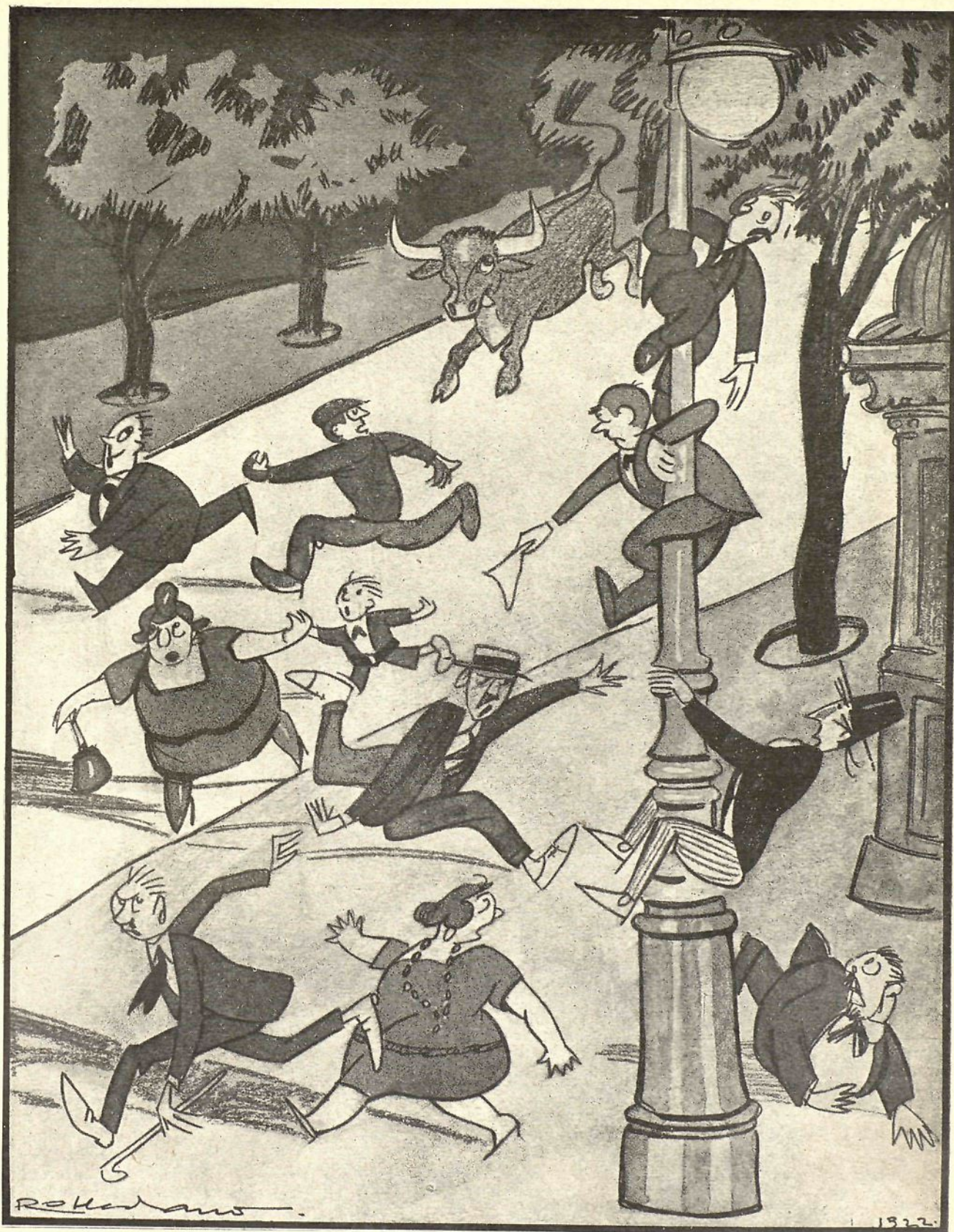
LAS «POLICÍACAS»

Dib. CASTRO SORIANO. — Madrid.

— ¿Y dice usted que esta obra que vamos a ver es la mejor?

— Indudablemente. ¡Como que en ésta hay cinco muertos más que en las otras!...

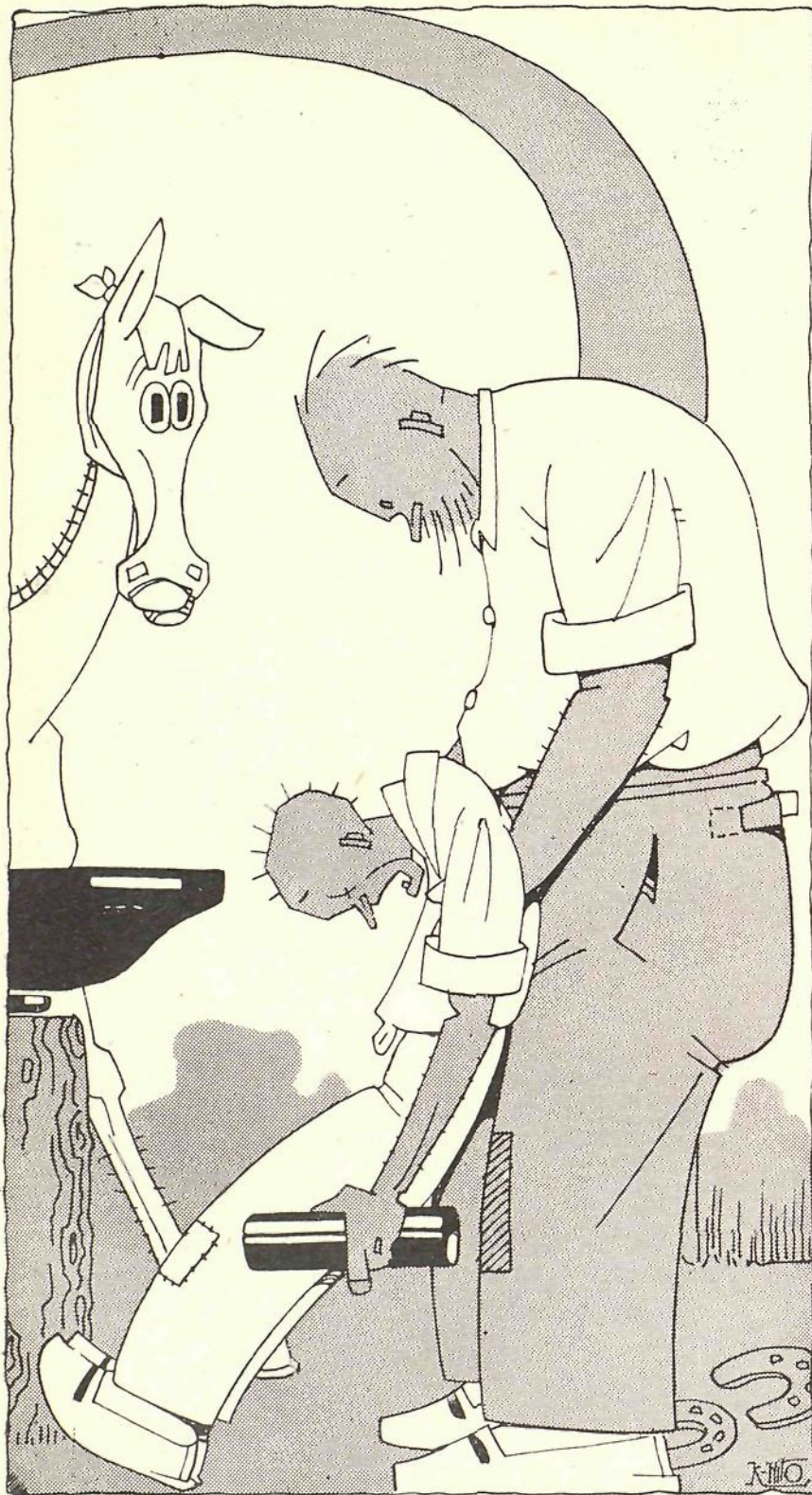




NOCHES DE VERANO.— Corrida nocturna.

Dib. ROBLEDANO. — Madrid.





VETERINARIA

Dib. K-HITO. — Madrid.

— ¿Qué has hecho, muchacho? Te dije que pusieras los polvos negros en el tubo, que le introdujeras éste al caballo en la boca, y que tú soplaras con fuerza por el otro extremo... ¿Qué te ha pasado?

— ¡¡Que el caballo ha soplado primero!!...

## Comentarios a von Bunge

El sabio alemán de este nombre dice que, para tener buena descendencia, debemos huir de casarnos:

Primero. — *Con una muchacha que no haya sido amamentada por su madre.*

¿Que tienes novia y es, por su suerte, bella y honrada, robusta y fuerte?  
¿Que formaríais muy buena yunta?  
Pues ve con calma y antes pregunta a la que elige tu corazón si fué criada con biberón.

Segundo. — *Con una joven nacida de familia tuberculosa.*

Si ella ha nacido tuberculosa, lector querido, ya es otra cosa.  
Pero pudiera bien suceder que ella tuviera *limpido* el ser, y es más fortuna que un Potosí, cargar con una mujer así.

Tercero. — *Con una muchacha procedente de familia en la que existan huellas de enfermedad psicopática.*

¡Mal rato va a pasar Mella, el pretendiente de Emilia, cuando se entere de que ella procede de una familia que padece (aunque es simpática desde la frente a los pies) de enfermedad psicopática!... (que ni Dios sabe lo que es).

Cuarto. — *Con la hija de un bebedor.*

En aras de un tierno amor prendóse Tomás Grimaldi de la hija de Garibaldi, de aquel sin par bebedor; mas, obediente al doctor von Bunge, pocos momentos hará que varió de intentos, y hoy busca la hija Tomás de uno que beba los vientos...; pero que no beba más.

Quinto. — *Con una mujer que tenga los dientes cariados.*

Con mujer así nunca quieras casarte, pues, riñendo, los dientes puede enseñarte...  
Y no esperes, amigo, ratos felices, de una dama con caries en las raíces.

Lo que debió, a su manera, el sabio alemán decir (por muy von Bunge que fuera), es que debemos huir de casarnos con cualquiera... ¡Sí, señor! ¡Antes morir!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



AVENTURAS DEL «DETECTIVE» GORRÓN

## EL MULTIMILLONARIO DESAPARECIDO

I

Zacarías Gorrón, el gran detective, me entregó un periódico, en el que leí la siguiente información:

«*Misteriosa desaparición de un multimillonario.* — Hará unos siete meses llegó a Madrid, procedente de París y otras importantes ciudades europeas, el ilustre matrimonio Wason, instalándose en uno de los más lujosos hoteles de la corte. Se calcula la fortuna de esta pareja yanqui en cincuenta millones de dólares. Desde un principio mostraron los opulentos viajeros su admiración por diferentes aspectos de la vida madrileña. Nuestro magnífico servicio de tranvías; el espíritu altamente industrial de los vendedores de las Américas del Rastro; las innovadoras disposiciones del director de Orden público, el excelentísimo Sr. D. Millán Millán de Priego, fueron objeto por parte del matrimonio Wason del más ponderador de los aprecio. Transcurrió plácida la vida de los acaudalados neoyorquinos, cuando una buena mañana mister Wason comunicó a su cara mitad:

«— Oye, querida. Son las doce menos diez minutos. Mientras terminas de vestirme, voy a la Puerta del Sol a ver caer la bola del reloj del Ministerio de la Gobernación. A mí, ese momento solemne en la vida de los habitantes de la corte, me emociona. Además, tú ya conoces mi deseo de asistir siempre a todo lugar donde se celebre un acontecimiento. En seguida vuelvo a recogerte.

«Mister Wason no volvió al lado de su esposa. A los treinta días del suceso, la señora Wason recibió una tarjeta en la que se le comunicaba lacónicamente:

«Señora: Puede usted confeccionarse un vestuario de riguroso luto. Su marido cayó en poder de la Mano negra.»

«Ayer tarde presentó la afligida dama la correspondiente denuncia en el Juzgado de guardia. La Policía se ha puesto en movimiento; pero tememos que no logrará descubrir absolutamente nada. Sabido es que quien cae en manos de la Mano negra sale difícilmente de ellas. La desconsolada esposa del multimillonario desaparecido ofrece entregar un premio de cinco mil cinco dólares a la persona que descubra el paradero de su marido. Mister Wason cuenta cincuenta años de edad, y, como dato interesante, añadiremos que es completamente calvo y tiene en la coronilla un prominente lobanillo. Desconfiamos, sin embargo, que alguien consiga hallar a mister Wason, pues todos los indicios demuestran ha sido asesinado con objeto de apoderarse de la repleta cartera que llevaba en su poder el infortunado multimillonario el día del suceso.»

— ¿Piensa usted hacer algo? — pregunté a Gorrón.

— ¡Qué duda cabe! Yo averiguaré el paradero de ese mister Wason, y le encontraré vivo o cadáver. ¡Nosotros nos llevaremos el premio ofrecido! ¡Ya lo creo! ¡Cinco mil cinco dólares!... ¡Digo!... ¡Con lo que me gustan a mí los capicúas!...

II

A la noche siguiente, convenientemente disfrazados, nos lanzamos por los barrios bajos Zacarías Gorrón y yo. Nos dirigimos a un café cantante de sórdida apariencia, instalado en la calle de los Abades. Un escenario diminuto, unas sillas cojas, mesas y espejos de limpieza

una varita de junco que portaba en la mano, comenzó a golpear el suelo. Carraspeó un poco. Quiso cantar, pero de su boca sólo salió una especie de prolongado ronquido. El público, en el primer momento permaneció mudo por la sorpresa. Luego se rehizo, e inició la protesta.

— ¡Fuera!... ¡Fuera!...

— ¡Maleta!...

— ¡Que se vaya ese tío!...

El escándalo fué en aumento, y el Calandria IV continuaba sereno, imperturbable, lanzando su gruñido incomprensible. Arreció entonces la bronca, y algunos proyectiles comenzaron a caer en el escenario. Uno de ellos dió al cantante en su flamenco peinado, y, ¡oh sorpresa!, como por arte de encantamiento lo deshizo, apareciendo en su



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¿Está usted libre, cochero?

— ¡Ojalá, señorita!... ¡Tengo parienta y siete de familia!...



lugar una cabeza calva, pelada, en cuya coronilla sobresalía magnífico, rutilante, jun prominente lobanillo!

## III

Bajaron el telón, y el público abandonó el local poco a poco, comentando a grandes voces lo ocurrido. Nosotros pasamos al escenario, donde hallamos alicaído al héroe de la jornada. Zacarías Gorrón se acercó a él y le espetó:

— ¿Cómo es que se ve usted así, mister Wason?

El interrogado hizo un gesto de sorpresa. Luego añadió:

— Caballeros: veo que me han reconocido ustedes, y les ruego no me des-

cubran. Yo les gratificaré espléndidamente si guardan el secreto de mi personalidad.

— Hable usted.

— Sería pueril negar que soy el multimillonario desaparecido, pues claramente lo proclama el lobanillo que llevo en la coronilla. Señores, mi desaparición está justificadísima.

— Veamos.

— Desde luego, ha sido voluntaria, y no comprendo por qué la Prensa ha de inmiscuirse en mis asuntos y pide a grandes voces mi busca y captura, pues creo que, al no ser yo un criminal empedernido, puedo disponer libremente de mi persona.

— En eso lleva usted razón.

## BUEN HUMOR

— Les contaré mi historia: Natural de Nueva York, allí contraí nupcias con la que ahora es mi mujer. Los primeros años de matrimonio fui feliz, mas no los siguientes, pues mi esposa adquirió el vicio de la bebida, ingurgitando grandes cantidades de *whisky*, dándole las borracheras, infaliblemente, por golpearme a mí. Yo aseguro a ustedes que es muy duro eso de que le pegue a uno su propia mujer.

— Caballero, lo comprendemos.

— Deseé huir de su lado, pero nunca se me presentaba momento oportuno. Abandonamos nuestro país y visitamos las principales ciudades de Europa... En Granada asistí al concurso de cante jondo.

— Y qué, ¿se sintió usted castizo?...

— Sí, señor. Creí que yo había nacido para eso. Allí conocí a Currita, y convine unirme y fugarme con ella en la primera ocasión, pues a mi mujer en España se le aumentó el ardor bélico hacia mi humilde persona. Sin duda, muchísima gente envidiaría mi posición; y yo, ya ven ustedes: a pesar de toda mi fortuna, no era más que un pobre hombre. Aproveché un momento de descuido para fugarme, y he estado oculto en una casa de los barrios bajos hasta hoy, que he debutado en este café cantante bajo el nombre de *Calandria IV*, con el poco éxito que han visto ustedes.

— Y la tarjeta postal recibida por su esposa, ¿quién la escribió?

— Currita, por orden mía. ¿Creen ustedes que he procedido bien, caballeros?

— Admirablemente, mister Wason.

— Gracias por su aprobación, señores. Sé que mi esposa ha ofrecido un premio de cinco mil cinco dólares al que logre descubrirme. Ustedes lo han hecho, y, como soy generoso, quiero darles el doble de lo prometido por ella.

Y allí mismo, a pesar de nuestras protestas, extendió un cheque por diez mil diez dólares.

— ¿Y qué piensa usted hacer ahora? — preguntamos al generoso multimillonario.

— Me iré con Currita Pastorejo a vivir a Nueva York.

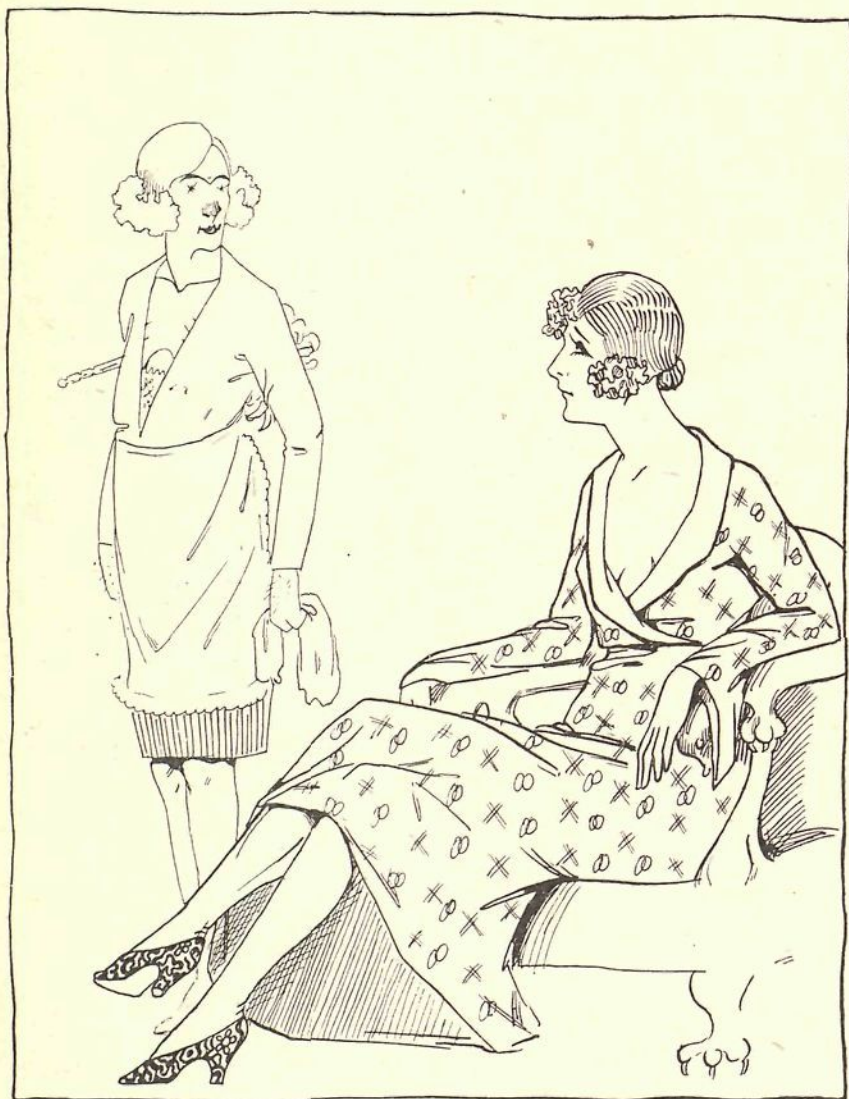
— ¿Y no teme usted que allí le descubra su esposa?

— No, señor. ¡No ve usted que en América rige la *ley seca*! Mi mujer no pondrá nunca los pies en sitio donde no pueda disponer en todo momento de una botella de *whisky*.

Estrechamos la mano del multimillonario, deseándole felicidades en el viaje que iba a emprender, y abandonamos el café haciendo los comentarios naturales al caso.

En España jamás se ha sabido una palabra de mister Wason. Se le dió por muerto, y su *viuda* viste riguroso luto. Aseguran las gentes que la señora Wason, para consolarse, se dedica a beber *whisky*...

Luis ESTEBAN.



Dib. FERRERO. — Madrid.

— Mira, Ruperta, tráeme del segundo cajón de mi secreter...

— Sí, señorita; ¿unos bombones que hay allí escondidos?...

— ¿Cómo los has encontrado?...

— ¡Riquísimos, señorita!...





Ya iba Desnancer a dar su opinión sobre los picos pardos de los volcanes, cuando, efecto de la velocidad que llevaban, vieron con toda claridad que era un volcán, ya extinguido en el momento de llegar a él; pero lo que no pudieron imaginar, fué lo que les ocurrió apenas se encontraron sobre la densa atmósfera que de él brotaba. Empezó el aparato a descender como si fuera en brazos de un hada cariñosa, cayendo como sobre un almohadón de plumas en su fondo.

El estupor que esto les produjo fué enorme. Trataron de poner en marcha la hélice, pero no funcionaba; las alas se habían plegado y no se pudieron abrir; así que, acompañados de una mortal tristeza, vieron con horror que tenían que morir irremisiblemente en aquella cueva volcánica.

El único que no dió muestras de desaliento fué el león volador, que, saliendo de la despensa, empezó a dentelladas con el humo y se hartó hasta caer rendido y satisfecho.

— ¡Estaba escrito — dijo el capitán Norton — que no llegaríamos a España! Todos nuestros esfuerzos pueden morir aquí.

Pero como la fortuna es de los audaces, se dedicaron a correr aquel fondo sin límites.

— Aquí se ve una entrada — exclamó de pronto el capitán Norton —. Es algo rústica, pero no por eso debemos dejar de aventurarnos a seguir este camino; quizás podamos llegar a salvarnos; y si no, más vale que nos entierremos nosotros juntos en las entrañas de la tierra, que no morir y quedar insepultos.

El capitán Norton penetró el primero, Desnancer, Nettel y Proto detrás, y después la italiana; seguida de toda la marinería. Debemos indicar que el león volador fué detrás de ellos, arrastrándose con gran trabajo. La obscuridad crecía, ya no sabían el rumbo que habían sostenido, cuando una débil claridad les indicó que algo sobrenatural ocurría.

— Sin duda — pensó trágicamente el capitán Norton — avanza una masa de agua... ardiente y encendida.

Mas, reservándose sus opiniones, siguió adelante.

# AVENTURAS FANTÁSTICAS DEL CAPITÁN NORTON

Novela de Pablo Montes.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Francisco López Rubio.

(CONCLUSIÓN)

Este temor no llegó a realizarse. Lo que nuestros aventureros vieron al final del subterráneo fué algo maravilloso; allí, sobre ellos, cubriendo su cabeza, descansaba el lecho de un mar sobre un suelo de cristal de roca.

## CAPÍTULO XXV Dos días debajo de tierra.

Al ver aquella claridad, creyeron que sería permanente; pero con cierto desagrado vieron que gradualmente se oscurecía el cristal y llegaba la noche; ahora, que esta obscuridad no era completa, pues brillaban ligeros puntos en todo el ancho suelo que ante su vista tenían.

Primeramente pensaron si serían fuegos fatuos; pero más tranquilos, comprendieron que aquellos toques de luz los producían esos pequeños seres llamados gusanos de luz. Cogiendo pacientemente montones de ellos, lograron hacerse cada uno con una linterna sorda (pues sabido es de todo el mundo que esta clase de gusanos no hablan), y ya con ellas, avanzaron durante algunas horas; iban a hacer alto y a formar su campamento, cuando un chasquido extraño, como la rotura de una bombilla eléctrica, les hizo detenerse. ¿Qué podría ser aquello?

Siguieron otros chasquidos, y sobrecogidos de un miedo cervical, notaron, con el espanto consiguiente, que el fondo de cristal de roca se venía al suelo, desbordándose el hasta entonces tranquilo mar...

En franca huida siguieron todos al capitán Norton por una áspera pendiente; pero esto no les libró de un terrible diluvio que les cogió mientras huían. Las aguas descendían rugientes sobre el suelo, atiborradas de peces y mariscos. Pasados algunos momentos, vieron con alegría (aun dada la poca luz de que disfrutaban) que el agua tomaba un curso inverso a la pendiente que ellos seguían.

Convencidos de que no había temor, formaron una pequeña colonia y dispusieron sus desayunos; éstos se componían, desgraciadamente, de bien poco, pues apenas si llegaban para resarcirse de las fuerzas perdidas; pero Desnancer notó que el capitán Norton llevaba dos hermosos besugos en los bolsillos, y le indicó lo poco amable que era con sus compañeros, no dándoles algo de su pesca.

El capitán Norton se enfadó:

— Yo no...

Pero no pudo acabar. Al echar mano para demostrar lo falso del aserto, notó que, en efecto, le habían caído en el bolsillo milagrosamente dos besugos y diez o doce pescadillas. Pero de sorpresa en sorpresa, notaron que todos llevaban algo de pesca guarecida en sus bolsillos.

Ante ellos se veían dos galerías; esto pudo originar un pequeño conflicto, pues las opiniones se dividieron de tal forma, que el capitán Norton, al frente de los suyos, partió por una, mientras que por la otra se encaminó el capitán Proto, despidiéndose de la italiana a la francesa. Esta siguió a nuestros esforzados conquistadores.

Ya llevarían andadas unas brazas sin hacerse ni un mal nudo, cuando un calor asfixiante les obligó a aligerarse de ropa. Con las chaquetas al brazo, corrieron rápidos, expuestos a estrellarse contra las paredes de aquella galería.

Después de una rápida y desigual carrera, vieron con agrado que el calor disminuía y se hacía la atmósfera más respirable.

— Sin duda — dijo el capitán Norton, respirando ya más tranquilo —, hemos pasado bajo el cabo de Hornos.

— O bajo la Tierra del Fuego — dijo Nettel.

De pronto, ruido de voces humanas les hizo estremecerse.

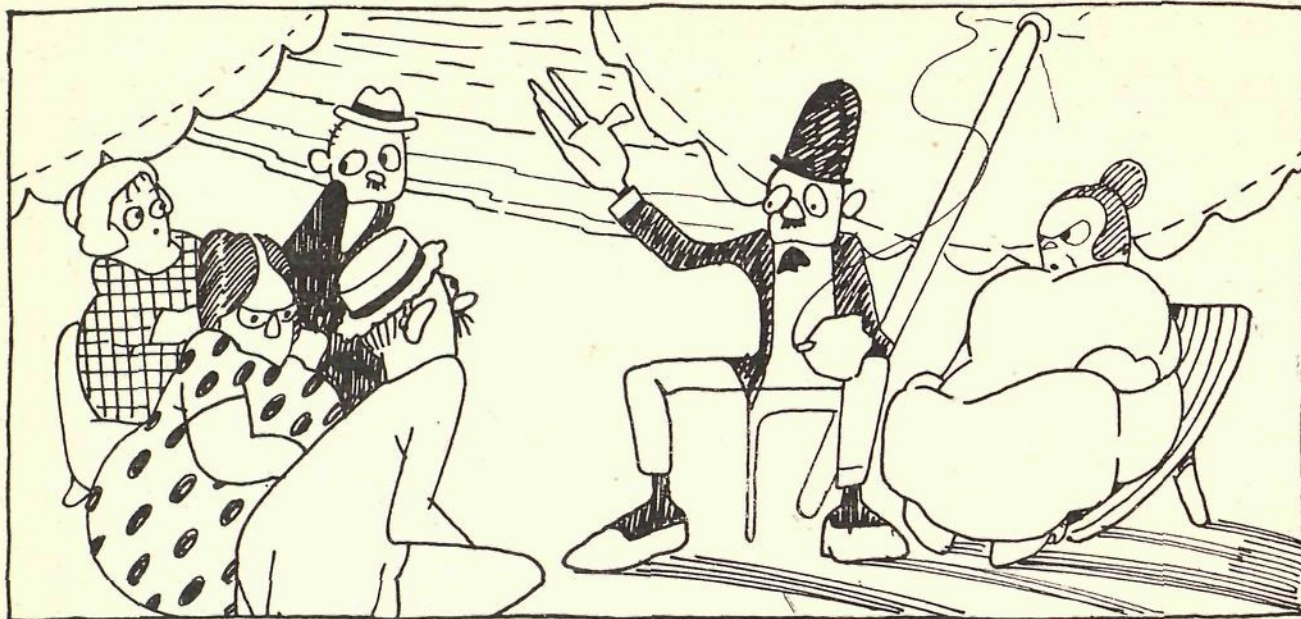
— ¡Los salvajes! — exclamaron.

Pero ¡qué alegría, qué loco contento no sentirían al dar vuelta a un recodo y encontrarse otra vez todos reunidos! Los dos caminos conducían al mismo lugar.

## CAPÍTULO XXVI El esqueleto errante.

La alegría que recibieron al verse de nuevo reunidos fué pasajera. El capitán Proto y sus compañeros presentaban síntomas extraños. Sin duda, en el camino seguido por ellos se habían contaminado de alguna rara enfermedad; sus ojos se presentaban saltones, su tez cobraba un color cobrizo, y de sus encías brotaban unas pequeñas manchas pisiformes que, agrandándose lentamente, hacían caer de su dentadura pequeñas esquirlas amoratadas. Aquello era grave; de todos los males





soportados, el de una enfermedad contagiosa sería de lo más lamentable.

Después de ver que algunos de los marineros caían, en medio de grandes dolores, arrojando dientes y muelas, que, al chocar sobre el duro suelo, producían una imitación bastante bien hecha de la *Danza macabra* tocada en silofón, decidieron apartarse de ellos por no contagiarse, y en caso de una verdadera catástrofe, poderles rezar las últimas oraciones.

Sólo el león volador tuvo la energía suficiente para ir en su ayuda; pero no bien hubo agarrado a uno para evitar que cayera, le rindió un vómito, y arrojó hasta la luna que en otros tiempos mejores se había tragado.

Esto originó dos sentimientos contrarios: de alegría, porque con la luna verían mejor aquella escena; y de pesar, por la inopinada muerte del famoso felino, al que ya querían como de la familia.

A la mañana siguiente enterraron en aquella maldita cueva a los desgraciados marineros, y colocaron la figura del león, ya disecada, sobre su sepultura.

Iban siguiendo los recodos de aquel interminable camino, y cuando menos lo pensaban se encontraron en lo alto de una extensa planicie nevada, en cuyo lugar se respiraba el aire puro de la sierra.

A lo lejos, una ciudad de aspecto moro les llamó la atención. Pensaron si estarían en Marruecos; pero esta duda pasó rápidamente. Se hallaban, según supieron después, en el célebre pico del Mulhacén de la sierra de Granada. Desde aquella colosal altura sólo se veía la nieve resbalando por las laderas de las montañas; pero allá a lo lejos, una ciudad pequeña como una oruga brillaba a los toques de un sol de primavera.

Pensaron descender de alguna manera; pero no encontraron forma de resolverlo fácilmente, pues era casi imposible desde

la cumbre de aquel nevado pico llegar hasta el valle; ya estaban resueltos a descansar, esperando el nuevo día, cuando el capitán Norton les llamó la atención señalándoles un ave rara que se acercaba volando.

Al parecer, era un águila de las de mayor tamaño, pues tenía unas enormes alas; lo que no se veía claramente era la forma de su cuerpo, pues unas veces parecía de dimensiones reducidas, arrastrando una osamenta pendiente del pico, y otras una esculida y huesosa jirafa con alas de murciélago.

Pero como avanzaba traída hacia ellos por la brisa de la noche, esperaron dispuestos a guarecerse en la caverna si aquella ave venía con malas intenciones. Pero la sorpresa fué grande al ver que lo que pensaban enorme volátil eran las famosas alas de aluminio que, nuevo judío errante, arrastraban eternamente al sastre muerto en el campo de Marte.

Mas por un caso raro e inesperado, contrario al continuo volar de que la ciencia de Nettel les había dotado, fueron a caer entre nuestros valientes y esforzados exploradores.

## CAPÍTULO XXVII Del Mulhacén al Igueldo.

Aquella misma noche, pues no convenía a su decaído ánimo aguardar por más tiempo, decidieron partir del Mulhacén; y como las alas marchaban regularmente, una vez engrasadas y todo preparado, colgaron la luna al cuello del esqueleto, y Norton, Nettel, Desnancer y sus compañeros, como sartas de ajos, se fueron agarrando a los huesos del sastre, y asidos así, emprendieron el viaje por los aires.

El capitán Norton cortó las amarras, y el aparato, crujendo en sus articulacio-

nes, partió lentamente al principio; pero tan pronto como logró enfilarse la ruta deseada por todos, tomó una velocidad exagerada.

A sus pies se veían los caminos, canales y puertos desfilando como en la pantalla de un cine.

Aquellas trece horas que invirtieron en este original viaje no se borrarán de su memoria mientras vivan: hubo momentos en que juzgaron casi cierta la rotura de la columna vertebral del sastre...

Pero resistió: lo que aguanta un muerto no lo soporta un vivo, aunque lo maten; y cuando, ateridos de frío, pensaban que no acabaría nunca aquel viaje endemoniado, aterrizaron felizmente en el célebre monte Igueldo, cayendo en el crítico momento en que un *croupier* decía: «¡No va más!» ¡Eran las treinta y cuarenta!

Allí, no solamente aguantaron las varias posturas que hicieron al caer sobre el tapete verde, sino que varios empleados se vieron obligados a hacerles juego en las articulaciones, y hasta hubo quien se atrevió a levantar dos muertos: el esqueleto y el pez luna, que al traspazo habían perdido (al encarnado) su último aliento.

Horas después, Norton, Nettel y Desnancer desempeñaban las respectivas esposas, que iban a ser subastadas de un momento a otro, y se despedían de la italiana, que partió para Capua.

Descansando bajo un toldo de la playa, Norton prometió a sus amigos preparar un viaje al Polo si lograba extraer el célebre submarino del cráter del volcán.

Nosotros, si Norton cumple su promesa, prometemos también a nuestros lectores ser los fieles y escrupulosos cronistas de esta segunda parte de las aventuras del capitán Norton.

FIN



## DEL BUEN HUMOR AJENO

VÍCTIMA DEL DEBER,  
por Oscar Méténier. —

CON la edad — al llegar a los sesenta —, el señor Dubois Dukel-Jeumchauff, un viejo ruso soltero y rico, se había quedado sordo. Pero sordo hasta el punto de no distinguir el menor sonido sin su trompetilla acústica.

La familia fué llamada al lado del enfermo, celebrando un largo conciliábulo.

¿Dejarían al anciano Dubois Dukel-Jeumchauff sumergido en una sordera que frisaba en la imbecilidad?

Los sobrinos de la rama francesa, Guy, Gontran y Gastón, opinaban que un tío viejo, sordo y fácil de engañar a la hora del testamento, no debe descuidarse.

— No, no y no — protestó la vieja prima Adelaida —. Nuestro pobre Dubois Dukel-Jeumchauff no debe, para los años que le queden de vida, seguir en este molestísimo estado. Es rico, soltero y sin hijos; sin hijos legítimos, legitimados o reconocidos, y debemos todos mirar por él.

Toda la familia aprobó las palabras de Adelaida. En recompensa de su iniciativa, le fué dado el honor y la carga de llevar a las consultas al buen Dubois Dukel-Jeumchauff.

Ella cumplió maravillosamente su misión. Durante un año, las celebridades médicas de todas las capitales del mundo examinaron al viejo. Todas las eminencias declararon que no había remedio. Dubois Dukel-Jeumchauff, condenado por todos los facultativos, debía quedar irremediablemente sordo.

La prima Adelaida se desesperaba, mientras que Guy, Gontran y Gastón, al contrario, se frotaban las manos y tallaban bac-

caras monstruosos con la cartera del viejo tío.

El único que no había sido consultado, un viejo doctor, habiendo examinado al enfermo declaró:

— ¡Eureka! ¡La encontré!...

— ¿Qué?... — preguntó la prima Adelaida.

— He encontrado el remedio de dominar esa sordera rebelde.

— ¡Cielos!... ¿Será posible?...

— Absolutamente cierto, señora. Su pariente oirá tan claramente como usted.

— Puede usted contar, entonces, con nuestro más profundo agradecimiento.

— ¡No hablemos de esto, señora; no hablemos de esto! Diga usted, ¿hay aquí algún periódico?

— ¿Un periódico?...

— ¡Sí, un periódico cualquiera!

Si no hay un periódico, basta con un programa de espectáculos.

— Aquí está el *Excelsior*, que es el único diario que distrae a nuestro pobre pariente, que, afortunadamente para él, conserva excelente su vista.

El médico leyó el diario y dió una ojeada por la sección de espectáculos.

— ¡Eureka! — exclamó de nuevo el doctor, que sentía una especial predilección por esta palabra.

— ¿Qué, doctor?...

— Esta tarde dan la *Walkiria* en la Opera.

— Sí..., ¿y qué?...

— Estoy seguro de que el señor Dubois Dukel-Jeumchauff oirá conmigo esta tarde la ópera de Wágner.

— Pero, doctor...

— Nada de «pero, doctor». Hay que obedecer mi orden, o no respondiendo de la curación.

— Si es así, doctor, haga usted su gusto. Tiene usted carta blanca.

La prima Adelaida se inclinó.

Aquella tarde, dos fraques negros, entre otros, se sentaron en dos butacas de orquesta.

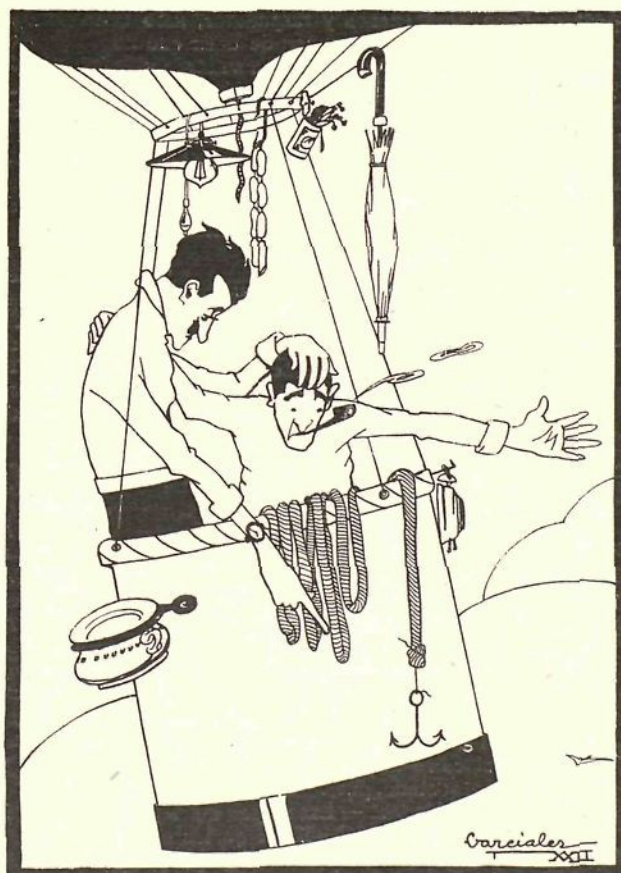
El primer acto pasó bien; pero el Sr. Dubois Dukel-Jeumchauff no dió el menor signo de comprensión auditiva.

En el segundo acto se agitó, aplicó el oído. En el tercero, en fin, dió un grito, un verdadero rugido, que fué ahogado por la música de la *Selva Negra*, de Wágner.

— ¡Doctor — exclamó dirigiéndose al médico —, estoy salvado!... ¡Oh, gracias, gracias!... ¡Ya oigo!... ¡La música de Wágner me ha devuelto el oído!

El doctor no contestó.

— Le digo a usted que oigo perfectamente, doctor — dijo de nuevo el señor Dubois Dukel-Jeumchauff, al oído del doctor —. ¡Me ha salvado usted!... ¡Para usted la mitad de mi fortuna!... ¡Doctor!... ¡Responda-me usted!...



Dib. GARCÍÁÑEZ. — Tetuán.

— ¡Estamos perdidos!... ¡La válvula no funciona!...

— Pero ¿hacia dónde nos lleva el viento?...

— ¡Hacia el Estel!...



Pero el doctor continuaba inmóvil.

Su enfermo estaba curado; pero en cuanto a él, la música de Wágner le había vuelto sordo.

¡Pobre víctima del deber!...

A. R. H.

## Concurso de pasatiempos del mes de julio.

Examinadas las diez mil veintiocho soluciones recibidas, solamente han resultado exactas las de los ocho pierdetiempistas siguientes:

Carmen Macías, General Porlier, 30, Madrid.

Gertrudis López, Hermosilla, 11, Madrid.

Conchita Lorenzo.

Ventura Vizcaino, López de Hoyos, 84, Madrid.

L. B. Prendes, Serrano, 25 duplicado, Madrid.

Manuel Aguirre, Marqués del Duero, 3, Madrid.

Tomás de Oñate, Lagasca, 72, Madrid.

José María de Soroa, Conde de Xiquena, 8, Madrid.

Celebrado el sorteo como ofrecíamos en nuestro número anterior, han resultado favorecidos los siguientes concursantes:

PRIMER PREMIO. — Un billete de lotería, número 19.380, para el sorteo del día 21 de agosto actual, a Conchita Lorenzo.

SEGUNDO PREMIO. — Medio billete de lotería, del mismo número y para el mismo sorteo que el anterior, a D. Manuel Aguirre.

TERCER PREMIO. — Suscripción por un semestre a nuestro semanario,

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

Apartado 12.142

MADRID

a contar desde 1 de septiembre próximo, a D. Ventura Vizcaino.

La entrega de los premios se hará en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho, en la forma indicada en la base sexta de nuestro Concurso.

Tenemos que lamentar muy sinceramente la ausencia de la mayor parte de nuestros concursantes de provincias, que, sin duda por la anormalidad en el servicio de Correos, no han podido concurrir, a pesar de la prórroga que se les dió con este objeto.

## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

L. B. Buenos Aires. — Eso es un cuento sentimental, mi amigo. Está bien. Puede enviarnos algo humorístico.

G. Juste. Madrid. — El director de BUEN UMOR, después de que ubo leído su artículo, escrito en ese papel desigual y tan lleno de tachones y raspaduras, tubo la ocurrencia, al levantarse, de decir que no abia leído una cosa igual en su larga vida periodística. La mejor solución es que se dedique usted a guardia municipal.

Duende Veleño. Sevi la. — ¡Óle ahí la sal de Sevilla!... Pasemos por alto aquello del escote andar seguir, y otras cosas por el estilo, para reproducir esa joya que envía usted para la sección literaria de BUEN HUMOR. Ahí va:

«SEMBLANZA (A Antonia).

»Fui de jardín en busca de tu semblanza, y armado de la esperanza he dado con ella al fin.

»Vi planta de poca altura, muy llena de lozania, y, aunque al parecer bravía, luego era toda blandura.

»Era la tierna vagonia, encanto de los jardines; celebradlo, ¡serafines!... Hemos dado con Antonia.»

(Donde hay un asterisco hay un borrón como un paraguas.)

S. Sepi Torrea. Sinwer-Gu-Henza, número 100, tetra M. P. kin (¡Gracioso!). — Eso son celos mal reprimidos. ¡Qué le vamos a hacer nosotros!...

Ainthalov. Madrid. — Aunque esto que nos envía no tiene mucha gracia, puede usted hacernos otra cosa de ese estilo, a ver si corre mejor fortuna. La redacción nos ha gustado, pues.

V. V. Madrid. — Las Cosas del teatro, excepto una, la del público de los estrenos, no dicen nada. Agencia Express ya está mejor, aunque tiene un final muy cortado.

Forminge. — ¿Dónde está la gracia? Puede ser que nuestro absoluto desconocimiento de cosas militares nos impida comprender su sentido.

A. J. S. Madrid. — El asunto del cuento es conocidísimo, y su exposición lenta y larguísima. Aun no hemos podido leer su libro. Ya le daremos cuenta de él.

E. S. B. Madrid. — Trabaje usted un poquito más, pues, aunque usted no empieza mal, tiene que mejorarse. Nunca se acierta al primer golpe.

J. M. G. Madrid. — ¡Vale poquísimo!...

## ENTREACTOS

Perro de carnesería,  
gato de pescadería,  
y er que pasa por papá  
de arguna estrella polá,  
se pasan los tres la vía  
sin haser naíta de na  
y cavilando los probes... no trabajá.

\*\*\*

¿Quién me quiere contestar?  
¿Estaba bordá la albarda  
de la burra de Balaam?

\*\*\*

Señor alcalde mayor,  
no multe a los comerciantes,  
porque tiene usted municipes  
que hacen faenas iguales.

ANTONIO GRILLO,

C. de la A. de la L.

A. H. Zoco-el-Hab (Melilla). — Hay vicios y poemas imperdonables.

M. R. G. Jaén. — Sus Aventuras de Nicasio son malejas. No contestamos en esta sección a los innumerables lectores que nos envían chistes y colmos, porque sería una tarea abrumadora. ¡Ya hay de sobra con tenerse que leer tanta cosa mala!...

J. O. Villanueva de Córdoba. — E. M. Navalperal. — No sirve.

G. H. C. Madrid Moderno. — Tampoco. Puede usted insistir.

J. L. R. Madrid. — Sus Versos festivos no valen absolutamente nada.

D. Fulano. Madrid. — Usted tendrá muy poco que hacer, ¿verdad?...

C. Juste. Madrid. — En lo que nos envía dice usted ciste, BUEN UMOR, igiene y bacas, entre otras cosas. Así, que no le choque a usted que no nos juste.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarse con los colaboradores espontáneos.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

### PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas
Semestre	16,50 —
Año	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



## Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SOLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

**Loción Belleza** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

**Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.**  
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



**CREMAS BELLEZA** (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

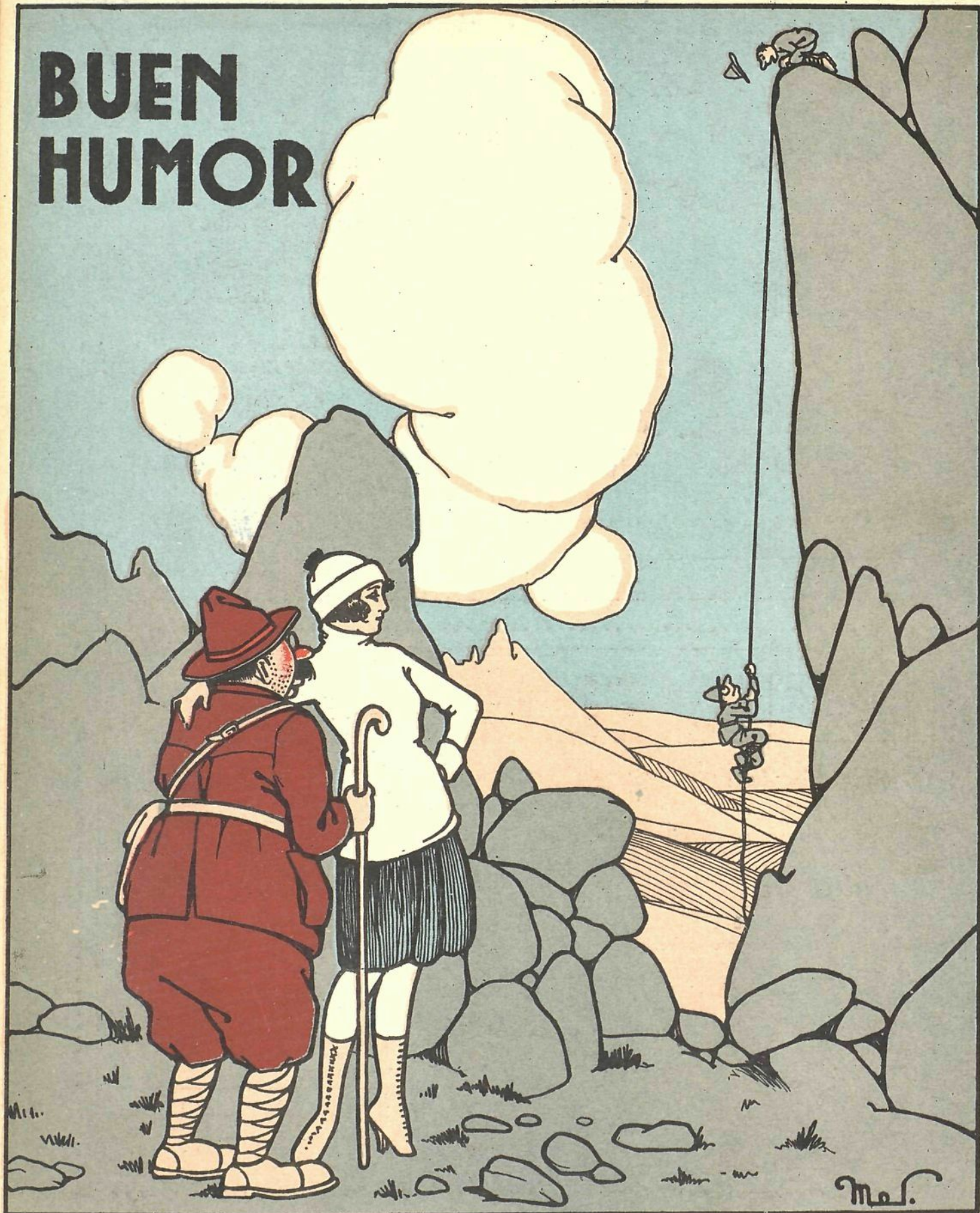
**TINTURAS WINTER** marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**Polvos Belleza** Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

**DE VENTA** en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.  
FABRICANTES: Argente, Costa y Comp.ª — BADALONA (España).



# BUEN HUMOR



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— ¡Mira, se ha parado!

— Caramba, sí que es extraño, porque todavía tiene cuerda para un rato.